



















¿Qué haces cuando todo se derrumba?

¿Qué haces tras el vacío y la desilusión?

¿Qué haces cuando parece que nunca acabarán los malos tiempos?

Tienes dos opciones: abandonarte o seguir adelante.

En cualquiera de los dos casos el sufrimiento no te lo va a quitar nadie amigo.

Y créeme,

va a ser duro...



LE · MAT

*En este libro nada es cierto.*

Kurt Vonnegut.

*La verdad es más extraña que cualquier ficción que yo haya visto.*

Hunter S. Thompson.



# **PRIMERA SEMANA**



## 1.

Cuando abrió la puerta la vio ahí, de pie en el umbral, la chica a la que había amado durante los últimos cuatro años.

Se miraron. Miles de besos, de caricias, de orgasmos, de te quiero...

Pudo notar la tensión y la incomodidad en el aire. Sopesó durante un instante en darle un par de besos, aunque fuese en la mejilla, pero desechó la idea al momento. Lo mejor sería acabar con el trámite cuanto antes y de la manera menos dolorosa posible.

—Hola —fue lo que consiguió balbucear.

—Hola. Acabemos con esto, tengo prisa —dijo ella mientras atravesaba con decisión la puerta sin esperar respuesta alguna.

Se dirigió al salón. Él reaccionó, cerró la puerta e hizo lo propio. Volvió rápidamente a colocarse frente a ella procurando aparentar firmeza e intentó buscar sus ojos. Ella cruzó los brazos y echó una rápida ojeada a su alrededor, buscando sutiles cambios en el entorno, buscando pistas. Luego clavó sus ojos en los de él.

Aquella mirada le heló el corazón. Una mirada cargada de odio y desencanto.

El odio estaba parcialmente fingido, parcialmente, reconocía esos pequeños matices en su cara que mostraban que se intentaba hacer la fuerte. Lo malo era el desencanto, porque no estaba fingido ni exagerado, era absolutamente real. Percibió todo el agotamiento de esa pesada carga de la que pretendía librarse de forma definitiva en aquel preciso momento. Él se acojonó, su mente empezó a titubear. Replegó la barrera relajando sus facciones y se dispuso a preguntarle «¿qué tal estás?». Pero no le dio tiempo, ella habló primero.

—¿Dónde están mis cosas?

—Las tengo en la habitación.

—Tráemelas por favor.

—Sí, claro.

Obedeció y fue rumbo a la habitación. Por algún motivo no se sentía cómodo dejándola a solas en el salón. El ordenador estaba encendido, pero no había nada en él que pudiese causar un conflicto, no había pestañas con porno ni estaba chateando con alguna chica. Tampoco tenía nada que ocultar, ningún objeto extraño de alguien extraño, ni restos de fiesta desenfadada. Pero aún así no se sentía cómodo. Intentó darse prisa, cogió la maleta del armario y volvió al salón. Ella seguía exactamente igual a como la había dejado.

—Aquí tienes —dijo posando la maleta a sus pies. Ella miró el bulto con indiferencia.

—¿Está todo?

—Claro —mintió.

—Gracias.

—De nada.

Se miraron sin saber qué hacer a continuación. Era igual que una puta partida de ajedrez, había que planear cada jugada concienzudamente. Cualquier gesto, cualquier palabra debía ser meditada de antemano. La tensión le sobrepasó, se quedó en silencio y aguardó a que fuese ella la que moviese ficha.

—El ordenador.

—¿Qué le pasa?

—Quiero ver cómo borras nuestros vídeos.

—¿Qué dices?

—Sabes perfectamente de lo que hablo.

—¿Qué?

—Los vídeos, quiero ver cómo los borras delante mío.

—¿Qué te pasa?

—Vamos, ahora —le lanzó una mirada desafiante. Él la aguantó, no pensaba achantarse, no en esto, por ahí no pensaba pasar.

—Ni de coña.

—Vamos. Bórralos, ahora.

—A ver... Para empezar no me des ordenes ¿vale? Estás en MI casa.



—Pero soy yo la que sale en esos vídeos, y no quiero que los tengas, así que quiero ver cómo los borras ahora mismo.

—¿Pero qué dices tía? ¿Se te ha ido la olla? —retrocedió hasta el sofá, cerca del ordenador, para protegerlo. Se sentó y se encendió un cigarrillo—. ¿Qué crees? ¿Que voy a subirlos a Pornhub o algo así? Venga tronca.

—Me da igual. No quiero que los tengas.

—Joder, no voy a subirlos a ninguna web porno ni voy a enseñárselos a nadie ni nada de eso, sabes que no soy así, puedes estar tranquila.

—No es eso. No quiero que los tengas... Y, sobre todo, no quiero que los veas.

Vaya, eso había sido duro.

Se quedó en silencio, pensativo. Dio una calada. La miró. Expulsó el humo.

—No... No, no pienso hacerlo.

Ella apartó la mirada y suspiró agotada. Reunió fuerzas y volvió a mirarle.

—Bórralos, te lo pido por favor.

—¡No te jode, borra tú los tuyos!

—Lo haré, no te preocupes.

—Pues voy hasta tu casa a ver cómo los borras y luego yo borro los míos.

—No digas tonterías, cuando salga por esa puerta no tengo intención de verte nunca más.

Segundo rechazo al rostro, el púgil se debate confuso contra las cuerdas, recibe instrucciones de la esquina.

—... Pues no, no pienso borrarlos, son míos.

—Joder Alex —descruzó los brazos al fin y los colocó sobre sus caderas, suspiró nuevamente y buscó la calma en la ventana que daba al exterior.

—Son recuerdos joder, yo no te pido que borres mis mensajes o que me devuelvas los regalos.

—No es lo mismo.

—Sí es lo mismo.

—No es lo mismo ni de coña.

—Pues por ahí no pienso pasar tía, ni de coña, no pienso borrarlos, son mis recuerdos, no haber dejado que los grabase.

Ahora fue él quien cruzó los brazos aparentando autoridad, pero no resultaba tan convincente como ella.

—¿Para qué los quieres?

—¿Cómo que para qué? Esa no es la cuestión. Puede que esto se acabe, pero no dejaré que borres su rastro como si no hubiera existido.

—Bueno, haz lo que quieras —se agachó para recoger la maleta.

—¿Te vas ya? —dijo extrañado. No pensaba que ella fuese a darse por vencida tan rápido en el asunto de los vídeos, y tampoco estaba seguro de querer que se fuera.

—Sí, no me queda nada por hacer aquí.

—Espera, te acompaño a la puerta.

—No hace falta.

Alex dejó el cigarrillo en el cenicero y la siguió. Al cruzar la puerta ella se giró y se miraron una vez más, quizás la última.

—Cuídate mucho Alex.

—Sí, tú también.

Finalmente se impuso la tristeza en los ojos. Antes de que el silencio se hiciese incómodo ella le dio la espalda y comenzó a bajar las escaleras rumbo al portal, cargando con esa maleta donde se amontonaban cuatro años de relación. Él la observó desde la puerta. Su pelo negro cayendo por la espalda, sus hombros, sus brazos, la puta maleta. Cada peldaño que los alejaba era como un martillazo. ¿Era así como acababa? ¿Cuál era la jugada para no terminar con un rey decapitado? Ella seguía bajando, cada paso un poco más lejos, un poco más lejos.

Déjala partir, es lo mejor para ambos.

Pero no pudo, fue tras ella acortando peldaños y agarró su hombro. Ella lo apartó de una forma que simulaba ser violenta.

—Espera... Espera joder, vamos a hablar.

—Ya no hay nada de que hablar.

—Venga, no seas así.

—Se acabó.

Ella continuó bajando. Él se quedó quieto, observando en silencio, hasta que desapareció de su vista.

Volvió a entrar en casa. El silencio era extraño. Fue hasta la ventana del salón y se asomó al exterior. En la calle hacía frío. En la calle había ruido. En la calle la gente iba de un lado para otro. Intentó encontrarla entre la maraña. Necesitaba verlo, quería esa imagen sin saber por qué.

La vio. Cargando con la jodida maleta. Ahí, en mitad de la calle, en mitad de la jungla, le pareció el ser más indefenso del mundo, tan frágil en el mar de asfalto... Quería saltar por la ventana y llegar hasta ella atravesando el aire, como un jodido superhéroe, como un caballero alado, como todo lo que nunca había sido. Quería olvidar la mierda, empezar de nuevo, abrazarla y decirle que todo iba a salir bien esta vez. Mentiras a uno mismo. Nada de eso iba a pasar. Ella de lo que debía protegerse era de él, y él era el que estaba jodido sin remedio ya que ahora estaba a merced de sí mismo, de sus demonios. Lo sabía, y por eso estaba aterrado, aterrado de verdad.

La siguió con la mirada.

Ella no titubeó en ningún momento, no giró la cabeza ni una sola vez. Simplemente se fue.

## 2.

¿Qué había que hacer ahora?

Cerró la ventana y volvió al sofá. El cigarrillo que había dejado en el cenicero se había consumido por completo, al rozar el filtro la larga columna de ceniza se desmoronó.

Suspiró, intentó asimilarlo. No era la primera escena de ese tipo que vivía, últimamente la relación se había vuelto insostenible. Se había jodido al igual que se jode todo en la vida, por el paso del tiempo, en este caso por el paso del

tiempo en común. Y es que si ya era difícil aguantar el caer de los días en soledad en pareja resultaba una odisea. Todas esas pequeñas mierdas que al principio eran graciosas o interesantes se habían vuelto tediosas e insoportables. La rutina había roído los cimientos como si fuesen putas termitas. Las discusiones constantes habían creado un manto de asfixia que transformaba cada momento ligeramente incómodo en algo insufrible. Sus caminos se habían separado. Y lo peor de todo era que, simplemente, todo había seguido su curso inexorable. Él nunca había creído en las relaciones de pareja y desde el primer momento sabía, punto por punto, todo lo que iba a suceder hasta llegar a ese momento. Nunca quiso que pasara, pero tampoco había podido evitarlo. Recordaba lo que dijo cuando la conoció: «Solo he tenido una novia en mi vida. Y no pienso tener otra nunca más». Y ahora estaba ahí, sentado en el sofá, marcando una segunda expareja entre sus dudosos logros. También sabía lo que vendría ahora, algo terrorífico, amorfo y cruel. ¿Verdaderamente era tan clarividente? Al fin y al cabo no era más que un puto colgado más en un planeta a la deriva. ¿Cómo explicar entonces esos poderes propios de un oráculo? ¿Acaso sería que las cosas salían de ese modo porque era en lo que creía, atrayendo hacia sí ese devenir? La eterna pregunta: ¿existe el destino o lo creamos nosotros?

Se encendió otro cigarrillo. Dio un par de caladas. No sabía a nada. Lo posó en el cenicero y se incorporó. Caminó por el pasillo hasta la habitación. Al llegar se quedó parado en el umbral. Miró hacia la cama y la vio. Estaba ahí tumbada, de espaldas, tapada con el edredón hasta los hombros. Llevaba su camiseta verde de pijama y dormía plácidamente. Se apreciaba débilmente su respiración acompasada meciendo el edredón.

Mierda, la cosa empezaba rápido.

Entró en la habitación y se dirigió hasta el armario intentando no mirar hacia la cama. Abrió la puerta. Había un hueco, el hueco en el que estaba la maleta, la maleta con sus cosas, sus cosas... Mierda... Intentó no mirar en esa dirección tampoco, intentó no

ser presa de la angustia, mantener la cabeza fría. Alzó los brazos y cogió el tarro de cristal, lo abrió. El aroma lo inundó todo. Era una marihuana cojonuda. Agarró un cogollo gordo y crujiente y salió a la carrera de allí.

Volvió al salón. Se sentó en el sofá, agarró el portátil y se dirigió a la carpeta del porno. Ahí estaban los malditos vídeos. Hizo unas copias de seguridad que ocultó cuidadosamente en la carpeta del emulador de la Super Nintendo. Entonces suspiró aliviado. Abrió la carpeta de música y puso un disco de Slipknot. Dejó el portátil en la mesa y agarró el grinder. Echó un buen pedazo de cogollo y se puso a ello. Admiró su obra durante un segundo antes de encenderlo. Dio una calada profunda y espesa que inundó cada poro de su agonía. Lo saboreó unos segundos antes de expulsar el humo lentamente por boca y nariz, luego cayó completamente derrotado sobre el sofá.

*With my face against the floor  
I can't see who knocked me out of the way  
I don't want to get back up  
But i have to, so it might as well be today  
Nothing appeals to me, no one feels like me  
I'm too busy being calm to disappear  
I'm in no shape to be alone  
Contrary the shit that you might hear\**

El techo lo observaba con lástima, y él le respondía arrojando caladas de hierba mientras intentaba poner en orden su cabeza, buscando el protocolo a seguir. Por una parte era un alivio, Dios sabe que lo estaba deseando, que acabara todo de una maldita vez, dejar de renquear. Por otra parte era una jodida lástima. La quería

---

\* *Con mi cara contra el suelo/ No puedo ver quién me quitó de en medio/ No quiero volver a levantarme/ Pero tengo que hacerlo, así que bien podría ser hoy/ Nada me atrae, nadie se siente como yo/ Estoy demasiado ocupado estando tranquilo para desaparecer/ No estoy en forma para estar solo/ Contrariamente a la mierda que has podido oír. Slipknot. XIX. 2014.*

tanto... Y ella a él también. ¿Acaso no era suficiente con eso? ¿No era de eso de lo que hablaban todos los poemas y canciones de mierda? El poder del amor y tal...

Estaba claro: nunca había querido a nadie tanto y tan intensamente. Eso, por fuerza, debía significar algo. Y aún así se había acabado. El amor no era suficiente. El fuego de la pasión se había consumido. El amor era una farsa.

Su visión de la realidad venía de su experiencia. Nunca había visto una pareja feliz y duradera en su vida. La gente que ilusionada emprendía un proyecto en común estaba destinada a acabar sin poder soportarse. Siempre igual. Los seres humanos y sus relaciones de amor/odio... Como en la parábola del erizo de Schopenhauer: un día extremadamente frío un grupo de erizos deciden juntarse para darse calor unos a otros, intentando evitar morir de frío. Pero al juntarse acaban dañándose con sus púas, lo que les obliga a alejarse de nuevo y pasar frío mientras piensan en el dilema. Y así va la cosa: cuanto más cerca, más daño, cuanto más lejos más soledad. La gente hablaba del fuego de la pasión y la calidez del amor, lo que solían omitir era que todos los fuegos acaban quemando. Se empeñaban en relaciones posesivas y obsesivas, motivados por el egoísmo, el ansia de posesión y exclusividad, algo que a la larga solo traía trastornos una vez amainaba la ceguera de la pasión inicial. El grado y la duración de la agonía lo elegía cada uno al gusto.

Siempre lo había tenido claro, y aún así cayó. Pero es que, ¿cómo dejarla escapar? Le había ido fascinando con el caer de las citas hasta que acabó prendado. Prendado lo suficiente como para no querer ya otra cosa. Pero eso fue hace tiempo, y desde entonces las cosas habían cambiado, ellos habían cambiado. El tiempo, siempre el maldito tiempo en contra.

Comenzó a torturarse con recuerdos y la maría pegaba en su cabeza, lo que derivó en que entrase la ansiedad. Sentía que le faltaba el aire, tragar la propia saliva se tornaba dificultoso.

Se puso en pie y empezó a vagabundear por el salón sin saber

bien qué hacer. Miraba el móvil. Miraba por la ventana. Miraba a su alrededor, buscando algún tipo de respuesta que no llegaba mientras luchaba contra la ansiedad y la marea de sentimientos contradictorios que se confrontaban en su interior. Y coronando todo ello su imagen. Ella. Una y otra vez en su mente y su entorno.

Agarró el móvil y llamó pidiendo ayuda. Contestaron.

—¡Eh! ¿Qué pasa capullo? —se escuchó al otro lado de la línea.

—¿Qué tal tío?

—Nah, aquí tiro en el sofá fumando uno y viendo el fútbol.

—Como vives ¿eh mamón?

—Trato de cuidarme sí. ¿Tú qué tal?

—Bueno... Un poco rayado tío... No sé, no me encuentro muy bien.

—¿Qué pasa tronco?

—Lo hemos dejado.

—¿Con la chavala?

—Sí.

—¿Otra vez?

—Sí.

—Bueno. Tranqui tío, espera unos días y ya se arreglará.

—No, creo que esta vez va en serio.

—Bueno, eso no lo sabes.

—Sí tío, para mí que esta vez es de verdad.

—Bah, lo piensas por la calentada

—No, esta es la de verdad.

—Bueno... Tampoco estabais muy bien últimamente...

—Ya...

—Pues nada tronco, ya sabes, ahora a pasarlo mal una temporada.

—Joder. Lo mismo hay que salir hoy a liarla un poco por ahí.

—¿Qué dices? Pero si es miércoles, hoy no hay nada.

—Ya, pero me estoy agobiando en casa.

—Yo he quedado ahora con Pablo. Si quieres quedamos luego y damos una vuelta por el río y hablamos. Pero de tranquis ¿eh?

Yo paso de liar me que mañana madrugo, y recuerda que mañana tenemos que ir a ver a tu colega, ¿hablaste con él?

—Sí.

—¿Y?

—Nada, dice que vale, que pasemos por la tarde.

—A ver si acepta.

—No le he dado los detalles pero se imagina de qué va la vaina. Aceptará.

—Eso espero porque tenemos que hacer la movida el miércoles sin falta.

—Ya.

—Bueno, ya lo hablamos luego mejor.

—Vale, pues luego nos vemos.

—Y no te rayes anda.

—Ya, bueno...

—Venga, luego hablamos.

—Vale tronco.

—Hasta luego.

Alex dejó el móvil en la mesa y se recostó en el sofá. Empezó a tocarse la cara como si se secara un sudor imaginario. Suspiró. Al rato se incorporó y fue hacia la ventana. Miró al exterior. Todo seguía su curso normal, todas las historias avanzaban sin tocarse. Sus movidas y su sufrimiento eran insignificantes en la inmensidad del mundo, incluso eran irrelevantes en la intimidad de su calle. Nada parecía haber cambiado. Nadie miraba en su dirección e inclinaba la cabeza como muestra de apoyo. El cielo no se oscurecía para acompañar su melancolía. No había minutos de silencio. Todo seguía igual... Y todo había cambiado.

Fue hasta la habitación y abrió el cajón. Accedió a la parte de atrás, donde guardaba la cocaína. Cogió la bolsita y la pesó en la báscula. Le quedaban 4,69 gramos. Se los llevó al salón. Se sentó al borde del sofá y acercó la mesa. Abrió el cierre y observó. Se acercó la droga a la nariz para olisquearla. Esa peste venenosa le produjo escalofríos. Posó la bolsita en la mesa y se recostó en el sofá sin dejar de mirarla. Puta coca. Tenía pensado dejar esa mierda, por él y por ella. Tenía la esperanza de que cuando se ventilase lo que le quedaba iba a pasarse una buena temporada sin meterse más. Ahora sabía



perfectamente lo que iba a pasar, nuevamente sus poderes de oráculo. Rebuscó en su bolsillo y sacó la cartera, y de la cartera el instrumental: chivato, tarjeta, turulo. Al abrir la cartera no pudo evitar ver la foto de ella que tenía ahí. Pensó en que quizás debería quitarla.

Con el borde de la tarjeta cogió una buena roca y la posó sobre un CD de música. Puso el chivato encima y con el mechero aplastó la roca para fragmentarla, luego realizó un movimiento de raspado para pulverizarla totalmente. Entonces retiró el chivato. Ese aroma... no pudo evitar tirarse un pedo. Ahora llegaba el momento de la tarjeta. De izquierda a derecha y de abajo a arriba. La jodida droga abría bastante, era buen material. La amontonó y con una porción dibujó una raya generosa. Enrolló un ticket del supermercado a modo de turulo. Procuraba no usar billetes, por tema de higiene. Lo introdujo en su nariz y esnifó. Inmediatamente echó la cabeza hacia atrás por el golpe y comenzó a frotarse el ojo derecho.

—¡Joooooder!

La droga se abrió paso por su cráneo y le asestó una patada en mitad del cerebro. Alex se inclinó hacia adelante y golpeó la mesa con el puño. Estaba buena... ¡Estaba de puta madre! Bajó la cabeza y cerró los ojos. Sintió la fuerza, el poder, la masacre, la distorsión... Lo vio todo. Golpeó de nuevo la mesa mientras se frotaba la nariz. Luego alzó la vista al techo tratando de trascenderlo con la mirada. Volvió a bajar la cabeza y suspiró. Su mirada encontró la cartera, la cogió y buscó en su interior. Sacó la foto y la puso ante sus ojos.

Era una foto de poco antes de conocerse, la típica foto de D.N.I. En ella unos ojos llenos de vida, una sonrisa sobria que inspiraba confianza envuelta en unos finos labios rosados. El pelo marrón oscuro, ligeramente ondulado, cayendo suavemente en cascada hasta unos hombros ovalados y tersos. Miró la representación de sus ojos como si fuesen los reales y se lo dijo, y lo que dijo era verdad. Entonces le sobrevino el pesar. Cambió la foto de sitio para que siguiese ahí pero sin estar a la vista.

Luchó contra sus ganas de llorar y empezó a dibujar otra gruesa raya de cocaína.

### 3.

Comprobó la hora en el móvil. Esos cabrones siempre llegaban tarde. Siguió fumando sentado en el banco de piedra, miró a su alrededor e intentó relajarse. Ya había caído la noche y hacía frío por lo que el ambiente a orillas del río invitaba a la calma, en los casi quince minutos que llevaba ahí sentado solo había visto pasar a un par de tipos enfundados en sudaderas corriendo a paso ligero. Miró sus manos temblorosas, dio otra calada y expulsó el humo pausadamente. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y el efecto de la cocaína hacía que se amontonasen de forma anárquica en su mente, anulando cualquier conclusión válida.

Divisó a lo lejos un par de sombras acercándose, parecían ellos. Pudo corroborarlo cuando estuvieron un poco más cerca. Los inconfundibles andares de Víctor, larguirucho y delgado, gesticulando de forma nerviosa. Pablo a su lado, más corpulento, de hombros anchos y reluciente calva. Se sintió aliviado al verlos, los únicos colegas que conservaba de la infancia, sus escuderos, los que siempre iban a estar ahí. Ahora los necesitaba más que nunca.

—¿Qué pasa capullos? Llegáis tarde.

—Joder, venimos de a tomar por culo —dijo Víctor dándole un buen apretón de manos.

—Este que parece una piva para salir de casa —repuso Pablo.

—Joder, tenía que ducharme, llevaba ya cuatro días con la mierda a cuestras macho.

—Ya ves, lo que te digo, como una jodida pivilla, que si el acondicionador, que si la crema del pelo, jajajaja —Pablo posó su

mano sobre el hombro de Alex—. ¿Y tú qué tal tronco? Me ha dicho este que lo has dejado con la chavala.

—Eso parece.

—¿Pero esta vez de verdad?

—Sí tío.

—Bueno, no es la primera vez que dices lo mismo.

—Ya lo sé, pero esta vez sí que sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi en sus ojos...

—Ya...

—Además ya no podíamos estar así, discutiendo todo el día y amenazándonos con dejarlo constantemente, es lo mejor.

—Ya te digo, dímelo a mí que me tiré así 7 años.

—Oye idiotas —intervino Víctor—, ¿y si vamos dando un paseo hasta donde la estación y nos sentamos por allí a fumar un par de chismes?

—Venga va.

Se pusieron en marcha, caminando pausadamente bajo la mirada de las estrellas. Alex estaba interesado en la experiencia de Pablo, sus vivencias le resultarían especialmente útiles en este momento. Pablo lo había dejado con su chica hacía unos meses, había sido una relación larga y tortuosa que sin duda le había poblado de numerosas cicatrices. Aunque Alex intuía lo que se le venía encima estaba bien escuchar la versión de un colega que había caminado por ese sendero poco antes, y aunque cada historia es distinta siempre viene bien encontrar los lugares comunes y, a ser posible, evitar ciertos errores. Le preguntó al respecto.

—¿Tú cómo lo llevas?

—Bien joder, ahora bien, ya hace casi medio año de la movida. Pero lo he pasado fatal, mal de verdad, estaba completamente anulado.

—A mí me tuviste bastante preocupado cuando desapareciste.

—Ya te digo, a mí también —añadió Víctor.

—Es que se me juntó todo joder, lo del curro, la piva... yo solo ya no podía pagar el alquiler, y entre unas cosas y otras caí en una

depresión que te cagas: me pasaba los días en casa mirando las paredes, con ganas de llorar todo el rato, pensando en tirarme por la ventana, sin querer saber nada de nadie.

—Joder, los colegas estábamos ahí.

—Pero que no tío, no quería saber nada de nadie, solo quería estar solo y morirme.

—Bueno, lo tuyo también fue peor, y llevabais más tiempo juntos —meditó Alex en voz alta, esperanzado.

—Teníamos que haberlo dejado hace años, ya has visto de lo que ha servido.

—¿Cuánto llevabais, la hostia no? —preguntó Víctor

—10 años.

—Joder.

—Ya... pero como ya os he dicho sobraron los últimos 7.

—Ya te digo, la verdad es que vuestras movidas han sido antológicas.

—Yo siempre he pensado en cómo podías llevar una relación así —dijo Alex—, cada vez que me contabas una liada siempre era más gorda que la anterior.

—Ya tíos, pero es que estábamos enganchados uno al otro, nos queríamos mucho, llevábamos mucho tiempo juntos... Ahora lo veo desde fuera y alucino, pero cuando estás ahí no puedes hacer nada, es lo que les pasa a las putas parejas, es como una droga, no lo puedes dejar aunque te esté matando, y aguantas y aguantas y aguantas aunque al final sea todo mierda y mentiras.

—Pero es que vosotros aguantasteis demasiado...

—Y porque me dejó ella, yo habría aguantado aún más.

—¿En serio cabrón, después de lo que pasó?

—A ver, cuando me enteré la mandé a la mierda y no quería verla ni en pintura, pero al cabo de unos días empecé a sentir una angustia tremenda, sé que es una chorrada, pero sentía que sin ella vivir no tenía sentido. La llamé y la escribí mil veces, pero ella no me lo cogía y me había bloqueado en todos los lados, incluso fui a buscarla a casa de sus viejos. Menudo número, casi llaman a la policía. Fue entonces cuando se largó de la ciudad. Supongo que

se asustó, además creo que había conocido a un menda y se largó con él. Yo la seguí llamando, pero no me lo cogía, me ignoró por completo, pero te lo digo: si hubiese cogido el teléfono me habría arrastrado, habría vuelto con ella si hubiese querido, sin dudarle.

—Joder, qué fuerte.

—Ya lo sé, pero es así. Ahora agradezco que pasara de mí en aquel momento. Ahora lo pienso claramente y no volvería con ella ni de coña, ya puedo verlo desde fuera y no tendría sentido, pero en esos momentos... menos mal que ella fue fuerte y se mantuvo en su sitio.

—Sí, la verdad es que las pivas para eso tienen más cojones que nosotros —apuntó Alex.

—Muchos más, nosotros nos transformamos en unos peles calzonazos.

—Putas relaciones.

—Tenéis que hacer como yo chavales —repuso Víctor alegremente—, de flor en flor es lo mejor.

—Lo que pasa es que a ti ninguna te aguanta cuando te conocen un poco, capullo —apuntó Alex.

—Jajaja, ya te digo, la verdad es que no sé que las pasa pero se largan corriendo siempre antes del primer mes.

—Claro, ¿tú te has visto? —dijo Pablo.

—¿A qué te refieres?

—Eres un puto loco y un tirao. Follas mucho porque tienes labia y eres guapete, pero se tarda poco en calarte.

—Yo al menos tengo pelo idiota. Además mira, visto lo visto con vosotros casi que lo prefiero así.

—Y haces bien —dijo Pablo.

—Ya te digo —secundó Alex.

Alex y Pablo bajaron la mirada al suelo, recordando sus recientes fracasos amorosos. Víctor, por contra, caminaba alegremente. Cuando llegaron a la altura de la estación bajaron la pequeña ladera y se acomodaron en un banco a la orilla del río.

—Voy a hacerme un porrazo —sentenció Víctor.

—Toma, te doy material y hazte una L bien gorda —dijo Alex sacando su bolsita del calzoncillo.

—Tranquí, tengo de sobra.

—Putos drogatas —dijo Pablo.

—De todas formas tío —continuó Alex— deberías habernos llamado más, no tenías que tragarte tú solo todo eso, ¿para qué están los colegas?

—Lo necesitaba, necesitaba estar solo y poner en orden mi cabeza. Además, sinceramente, me daba miedo salir con vosotros.

—¿Y eso?

—Quería estar alejado de la fiesta y de las drogas.

—Joder, tampoco es para tanto.

—Lo que tú digas, pero yo no estaba en un buen estado mental y ya estuve a punto de palmarla cuando pasó todo.

—¿De qué hablas? —preguntó Alex inclinándose hacia adelante con atención. Víctor hizo lo propio. Pablo sacó un cigarro, lo encendió y se quedó unos segundos pensativo, dando forma a sus recuerdos. Expulsó el humo lentamente antes de hablar.

—Cuando me enteré de que se estaba follando a ese hijo de puta imagínate, fue la gran movida: lo dejamos, ella se largó del piso etc... pero la cabeza es la hostia, una hija de puta, no podía pensar en otra cosa, no podía dejar de imaginármelo. Cada vez que cerraba los ojos los veía ahí follando, en nuestra puta cama, mientras yo me mataba en el bar como un gilipollas. Me los imaginaba en todas las putas posturas, sudando y gimiendo como unos perros, los veía dándose arrumacos y echando el puto cigarrillo de después. Era como si hubiese estado allí mirando todo el tiempo, aún peor, porque la puta imaginación no tiene límites a la hora de auto torturarte —dijo una calada y suspiró mirando al cielo. Fumó de nuevo y prosiguió con su historia—. Ni que decir tiene que no podía acercarme a la habitación, me tiré una semana durmiendo en el sofá, aunque lo que se dice dormir dormí poco, lo único que hacía era fumar marihuana y escuchar sus gemidos en mi puta cabeza. Me estaba volviendo loco, pensé en matarlos a los dos y luego suicidarme. Hostia, lo tenía todo planeado...

—Joder tío, qué movida, lo siento mucho —dijo Víctor dándole un apretón en el hombro. Alex escuchaba en silencio.

—Ya, fue el momento más bajo en toda mi puta vida de mierda. Me volví loco de verdad y os aseguro que estaba completamente convencido de hacerlo, ya os digo que lo tenía todo planeado...

Víctor le pasó el porro a Pablo. Este dio una calada mientras miraba al suelo, acudiendo a sus recuerdos, se notaba que atravesaba un sendero lleno de espinas. Tras una breve pausa prosiguió con su historia bajo la atenta mirada de sus colegas.

—Joder troncos, no le digáis esto a nadie, pero tenía hasta una mochila preparada con un cuchillo dentro, lo había planeado todo durante días, iba a hacerlo.

—Me cago en la puta, pero si tú eres el tío más pacífico que conozco —repuso Alex saliendo de su estupor, visiblemente sorprendido.

—Ya, pero no era yo tronco...

—Bueno, por suerte no lo hiciste...

—Por suerte... Tuve un momento de cordura y os llamé, fue aquella vez que os habíais largado a la playa.

—Hostia sí, ya me acuerdo, estabas de los putos nervios —dijo Víctor—, ¡me cago en la puta! Y justo nosotros fuera de la ciudad, ya es mala pata...

—Ya... Por suerte llamé a un par de colegas del pueblo y vinieron a verme, eso me salvó de hacer una locura. Salí con ellos y me tiré dos días de fiesta, no sé ni lo que me metí, solo recuerdo partes, otras me las han contado... A los dos días me vine a casa, imagínate, con toda la paranoia encima y el bajón de las drogas, nunca lo olvidaré. Salí del ascensor. La puerta de mi casa estaba solo a unos metros, pero me parecía una distancia enorme. No conseguí llegar. Abrí la ventana del descansillo y me puse a potar hacia el vacío, hacia la calle. Luego me dio un bajón de la hostia, me puse a llorar y me encaramé a la ventana, estaba completamente dispuesto a arrojarme al vacío.

—Mierda, nunca nos habías contado esto.

—Ya, os lo cuento ahora... El caso es que ahí estaba, sentado en el poyete, con las piernas colgando en el vacío y dispuesto a tirarme. Llevaba un pedo que te cagas, no sabía lo que hacía, me tambaleaba para todos lados, no sé ni cómo no me caí

por accidente al encaramarme ahí, ¡un puto octavo tío! No habría salido de esa ni de coña. Estaba ahí sentado, pensando en tirarme, y no sé qué coño hice pero me caí hacia atrás, si hubiese sido hacia adelante ahora no estaba aquí fumando esto, pero por suerte me caí hacia atrás y solo me di una hostia en la cabeza. Recuerdo que me quedé ahí, tumbado en el suelo mirando al techo del descansillo y partiéndome la polla como un puto demente.

—Joder... ¿Y nadie se enteró de nada?

—Ni idea, pero vamos, ningún vecino salió ni me dijo nada, y debían de ser las dos de la tarde o algo así... El caso es que supe que había tocado fondo. Conseguí entrar en casa arrastrándome y me desvanecí sobre el sofá. Al día siguiente imagínate la resaca... Por suerte recordaba el incidente y me hizo pensar la hostia, ¿imaginaís lo que habría pasado si no me contestan los del pueblo? ¿O si me hubiese caído hacia adelante en lugar de hacia atrás? No sé si es que tengo un puto ángel de la guarda o qué, pero ahí fue cuando espabilé. Dejé el piso y me largué a casa de mi madre, me quedé allí encerrado dos semanas, con el móvil apagado, pensando.

—Joder, ahí fue cuando pensamos que te había pasado algo mamón.

—Ya, lo siento tíos.

—Tranqui, ahora lo entiendo colega.

—Bueno, luego poco a poco fui colocando mi cabeza, me apunté al gimnasio, me puse a estudiar para sacar el puto bachillerato de una vez... Esa es la clave, mantenerte ocupado, hacer cosas.

—Ahora se te ve bien cabrón, y te estás poniendo cachas.

—Estoy mucho mejor... A ver, me sigo acordando de ella y a veces me da el bajón, pero es normal, al menos ahora no estoy agonizando.

—¿Habéis vuelto a hablar?

—Sí, me mandó un mensaje el otro día. Era su cumpleaños y me escribió. Me dijo que estaba en un garito de camarera. Me dijo que me echaba mucho de menos y que podríamos vernos algún día.



—¿Y qué vas a hacer?

—Le di largas. Ahora mismo paso de verla, ahora estoy bien, vuelvo a ser yo, he conseguido olvidarla, no creo que sea el momento aún de volver a vernos... Lo que necesito ahora es follar de una puta vez que llevo ya cinco putos meses sin mojar y estoy que me subo por las paredes.

Alex y Víctor empezaron a reírse a carcajadas, lo cual alejó un poco la nube de amargura en la que estaban envueltos tras conocer los detalles de la historia.

—A mí no me hace ninguna gracia cabrones. Estaba hoy en el gimnasio haciendo pecho y veía a través del cristal a las tías de zumba contoneándose y pensé que me daba algo. En serio, creo que voy a implosionar en un gran charco de semen.

—Joder, cinco meses, espero no tardar tanto en volver a follar —exclamó Alex preocupado, mirando al suelo.

Víctor se incorporó de un energético salto, observó a sus apesadumbrados compañeros y les aconsejó.

—Tenéis que apuntaros a páginas de contactos par de capullos.

—Eso es una puta mierda —replicó Alex.

—Pues yo me estoy hinchando a follar —constató Víctor mientras realizaba gestos obscenos al aire.

—Eso es porque te tirarás ahí horas.

—La verdad que sí, hay que picar mucha piedra. Pero bueno, yo le doy a copiar y pegar y le mando el mismo mensaje a doscientas y alguna contesta.

—Habría que ver quienes...

—Hay de todo tío.

—Yo mira que lo he estado evitando —afirmó Pablo—, pero al final me tendré que apuntar a esas mierdas. Ya no puedo más, 5 putos meses tíos, ¿sabéis lo que es eso? Joder, otra cosa no, pero al menos con la piva estaba acostumbrado a follar con regularidad, esta situación no la había vivido desde hacía una década.

—Vete de putas.

—Lo acabaré haciendo, pero... No sé, como que es rebajarse, me gustaría que alguna me follase porque la gusto y esas cosas...

—Jajajaja, da igual que te estés poniendo cuadro, ¿con esa cara a quién le vas a gustar mamonazo?

—Puto Víctor de mierda, claro, como tú tienes esa sonrisita y esa mata de pelo —dijo Pablo mientras con la mano alborotaba el pelo de Víctor.

—¡No me toques el pelo o te suelto una hostia mariconazo!  
—Víctor elevó el puño en señal de amenaza, luego se pasó la mano por la melena y continuó hablando—. Pues el otro día me ventilé a una casada que conocí en una de esas páginas y no veas, menuda golfa, se dejaba hacer de todo.

—¿Casada eh? Muy bonito tronco...

—¿Y qué quieres? ¿No es de eso de lo que estáis hablando? Las relaciones son una puta mierda. La tía esta remordimientos ninguno, sabía de sobra que su marido se iba de putas todas las semanas. Te digo yo que en las páginas de contactos los chavalines así como nosotros triunfan con las casadas, ¿no veis que la mayoría de las tías son muy finolis para andar pagando?

—¿Y qué tal?

—Bien, ya te digo que la tía una máquina. Se cabreó porque no la quería comer el coño, pero que se joda.

—No sé cómo no te gusta comer coños —dijo Alex—, a mí me encanta, y a la mayoría de tías también, yo creo que por eso te mandan a la mierda tan pronto.

—Puede ser, pero es que no me mola nada tío, me da un asco que te cagas andar pasando la lengua por ahí.

—Ni puta idea tienes.

—Bah, a mí me pone mazo. Y lamerles el ojete también —manifestó Pablo con mirada ansiosa.

—A mí el culo ya no —dijo Alex.

—Pues a mí tumbame en el suelo y ponme un buen ojete en la cara y me vuelvo loco, joder qué ganas tengo! —dijo implorando al cielo.

—Eres un cerdo.

—Tú calla y sigue contándonos gañán, quiero detalles.

—Pues eso, que la tía tenía ganas de olvidarse un rato del

maridito. Me ordeñó a base de bien, espero repetir. Se la metí por todas partes, menudos gemidos, la tronca estaba encantada. La única movida fue cuando intentó meterme el dedo en el culo.

—Putá manía, a mí tampoco me mola eso, aunque dicen que es la hostia —comentó Alex.

—Fue un puto bajón —continuó Víctor—. Estaba ahí poniéndola a vivir y de repente empiezo a notar algo fino y duro entrando por mi ojete, menudo salto pegué troncos, casi llego hasta el techo. Encima la tía va y me pregunta: «¿Pero no te gusta? Qué raro eres». Así toda extrañada, por lo visto decía que se lo pedían todos, ¿pero qué clase de congéneres tengo joder?

—Hey, que a mí eso también me mola —dijo Pablo.

—Jajajaja, si ya sabíamos que eras una maricon.

Continuaron charlando y fumando a la orilla del río. Se habló de amor, de desamor, de mujeres, de deportes... Los de las sudaderas volvieron a pasar una vez más, estaban entrenando duro los cabrones mientras en el resto del mundo la gente seguía a lo suyo.

#### 4.

Giró la llave en la cerradura, abrió la puerta y entró en casa. El silencio le angustió nuevamente, ¿por qué el silencio, que siempre había invitado a la calma, ahora le parecía tan agobiante?

Fue hasta el sofá y se derrumbó sobre él. Al final se habían liado a hablar y fumar, ahora era tarde, estaba bastante fumado, cansado, abatido y apaleado, pero no tenía nada de sueño. Los objetos a su alrededor transmitían una sensación extraña, como si lo observasen, como si hubiesen estado cuchicheando sobre él. Se incorporó un poco y encendió el ordenador. Abrió el Facebook. Intentó acceder a la página de Ella para ver si había puesto algo, pero cuando buscó su nombre no aparecía, eso podía significar que hubiese dado de baja su cuenta o que le hubiese bloqueado.

Suspiró. Alcanzó el paquete de tabaco y se encendió un cigarrillo, aspiró profundamente y se recostó contra el sofá. Se puso a mirar hacia la pared que tenía en frente, en trance. Fumó y fumó.

El silencio.

*Están sentados al fondo del bar y esa borracha que se les ha acoplado no para de balbucear cosas. Ellos quieren estar solos, seguir hablando y bebiendo y ver qué pasa. Se acaban de conocer hace tan solo un rato y parece que hay feeling, ambos lo saben y están entusiasmados con el giro que ha tomado lo que parecía que iba a ser una noche como cualquier otra. Pero la borracha no los deja en paz, se interpone entre ambos mientras balancea su bebida de la que va derramando partes a cada movimiento que realiza. Qué cabrones, sois super guapos, y hacéis buena pareja. Dice balanceando su bebida y su cuerpo en torpes movimientos. Claro, es que somos pareja, llevamos ya cinco años casados. Replica él mientras busca los ojos de Ella con evidente complicidad. Ella se gira para que la borracha no note su risa. Venga ya, no me lo creo, ¿dónde están vuestros anillos? ¿Anillos? Dice él, nosotros es que no tenemos anillos, nos casamos por un rito zulú que los prohíbe. La chica esboza una mueca de extrañeza. Sí, claro, me estás vacilando. Que no tía, el rito de los Kotal Kahnes, en la segunda luna de Agosto. Ella tiene que girarse completamente para ocultar la carcajada. ¡Me estás vacilando! Mira esta como se ríe, dice la borracha. Bueno chica, lo que tú digas. Bah, seguro que ni siquiera sois pareja. Que no hombre, te lo digo en serio, cinco años de feliz matrimonio. La borracha sorbe lo que aún no ha tirado de su copa, medita y exclama: venga, a ver, daros un beso, quiero ver cómo os besáis. Ellos se miran y sonrén. Lo que son las cosas, al final la borracha pesada se lo ha puesto en bandeja. Él se acerca, pone la mano en su mejilla, Ella cierra los ojos, él cierra los ojos. Los labios se unen, se saborean, la respiración se acelera, la música y la gente están ahora lejos. Es un beso largo, lento y profundo. Se separan y vuelven a la realidad, sonrén. Él se gira y mira a la borracha. ¿Lo ves?*

Alex apagó el cigarrillo en el cenicero, una columna de humo se elevó por el aire. Siguió observando los objetos del salón y preguntándose qué dirían. Se levantó del sofá y se dirigió a la ventana. Miró al exterior. Fuera imperaba la calma y el silencio. Fuera la gente dormía y soñaba, pero no todos... La angustia lo golpeó con fuerza y sopesó la posibilidad de salir a buscar algo, a vagabundear por las calles, pero no había movimiento en el exterior, todo parecía desértico y esa imagen le desanimó enseguida. Observó el móvil pensando en alguien a quien llamar, pero era muy tarde. La gente dormía y soñaba, pero no todos... Continuó observando por la ventana, un coche pasó bajo él, lo siguió con la mirada hasta que desapareció tras una esquina. Volvió al sofá, se encendió otro cigarro, miró el móvil, se recostó, la angustia crecía...

El silencio.

*Están en casa de Ella, sus padres han salido. Se tumban en la cama. Ella enciende el portátil, pone un poco de música suave y comienza a liarse otro porro. Él la observa, le parece preciosa. Oye, le dice, métete un momento en tu Facebook. ¿Para qué? Responde Ella extrañada. Tú hazlo anda. Ella se lo piensa un momento y finalmente obedece. Vale. Ya está, ¿qué es lo que quieres ver? Déjame el ordenador un momento. Dice él. ¿Qué vas a hacer? Nada malo hombre, tranquila. A ver, toma. Él mira la pantalla con atención. Oye, esta foto no te hace justicia, eres bastante más guapa en persona. Ya bueno, gracias, es una foto que tenía por ahí, sin más, tampoco uso mucho esto la verdad. Él teclea su nombre y se agrega a sí mismo como amigo. Hala, ya te tengo fichada. Dice sonriendo. Jajaja, me parece bien, toma, fuma. Él da unas caladas, tose. Joder, ¿lo has cargado eh? Todo comienza a dar vueltas, se arrepiente de haber bebido tanto, empieza a pensar que no va a poder estar a la altura en la cama. Oye tía, estoy muy pedo, no sé si voy a poder hacer nada, o lo mismo me quedo sobado, pero te prometo que por la mañana te voy a hacer pasar un buen rato. Jajaja, no te preocupes, mis padres no llegan hasta el domingo. Joder, perfecto. Le devuelve el porro, ella lo coge de su mano. Él alza esa mano vacía y comienza a acariciar su pelo. Ella sonríe. Se miran.*

La angustia comenzó a devorar a Alex, los recuerdos le estaban torturando, todas aquellas imágenes en su cabeza... Apagó el cigarro. Encendió otro. Miró el móvil. Este no tenía nada que decirle. Volvió a ponerse en pie. Volvió a la ventana. Miró al exterior. No había nadie. No había nada. Fue hasta el mueble del salón. Cogió una botella de ron y regresó al sofá. Abrió la botella y se sirvió una copa. Bebió. Fumó. Siguió recordando. Se puso en pie nuevamente. Volvió a la ventana. Nada. Continuó paseando por la habitación como un fantasma, como un alma en pena. Los recuerdos no daban tregua. Se agarró la cabeza, no quería seguir pensando, no quería seguir recordando. No quería seguir recordando toda esa mierda. ¿Cómo se apagaban los recuerdos? Fue hasta el mueble. Abrió el cajón y cogió la bolsita con la cocaína. Volvió a sentarse nuevamente en el sofá y dejó la bolsita sobre la mesa. Observaba y era observado. Se agarró la cabeza, con fuerza. ¿Cómo se apagaban los recuerdos?

## 5.

Un zumbido penetrante lo arrancó de donde estaba y le empujó de vuelta al salón. Abrió los ojos a duras penas y notó el terrible entumecimiento de su carne. El zumbido golpeaba su cabeza una y otra vez como un martillo. Tardó un momento en reaccionar y volver al mundo real. El zumbido provenía de su teléfono móvil que no paraba de vibrar provocando ese molesto ruido en el suelo de madera, se incorporó un poco e intentó averiguar desde dónde gritaba. Lo tenía cerca, justo bajo él, bajo el sofá. Lo cogió y miró la pantalla aún confuso mientras se rascaba la cabeza.

«Victor. ¿Contestar?»

—Oh, mierda... —suspiró y pulsó OK—. ¿Qué pasa tú?  
—¿Qué haces idiota?  
—Sobar.  
—¿Sobar? Pero si son las cuatro de la tarde, levántate ya capullo.  
—Uf... solo he dormido tres horas tío.  
—¿Y eso, la liaste anoche, saliste al final?  
—Qué va, pero no me podía dormir, he pasado muy mala noche.  
—Pues vete espabilando que hay que quedar con tu colega, ¿a qué hora le dijiste?  
—A las cinco y media, pero voy a avisarle de quedar más tarde tío que estoy jodido.  
—Bueno, pero no muy tarde que quiero quitarme esta mierda de la cabeza cuanto antes.  
—Vale vale, luego te cuento.  
—Venga, pues hablamos, pero no te sobes, hay que quedar hoy sin falta.  
—Sí, tranqui, le diré de quedar a las siete o por ahí.  
—Vale tú, pues ya me dices.  
—Luego te mando un mensaje.  
—Venga vale, y espabila.  
—Sí.

Colgó el teléfono y se pasó la mano por la cara, tenía una resaca curiosa. Mandó un mensaje de texto a su colega Nikolai retrasando la cita. Revisó las notificaciones del teléfono, no había nada interesante, ninguna noticia de Ella. Suspiró profundamente y volvió a dejar el teléfono en el suelo. Tenía la boca pastosa y maloliente debido a la cantidad de nicotina, alcohol y demás productos tóxicos que habían atravesado esa carretera en las horas precedentes. Se tumbó e intentó seguir durmiendo, tenía una hora más de margen, no tenía por qué pasarla ahí, podía dormir y soñar. Pero en cuanto cerró los ojos su imagen y los recuerdos volvieron a meterse en su cabeza. Giró de un lado a otro e intentó despejar su mente embotada. Podía escuchar perfectamente los sonidos del exterior, coches y personas en cacofónica melodía.

A veces era horrible ir en contra del mundo, sobre todo cuando se intentaba dormir en medio de todo ese enjambre de ruidos y claridad con el alma macerada en penas y drogas. Cuanto más intentaba alejar su conciencia del exterior más se adentraba en sí mismo, y allí estaba Ella, esperándolo. Melancolía y bajón de drogas, mala combinación. Estuvo así un tiempo indefinido que bien pudieron ser décadas. Finalmente la situación se volvió insoportable y tomó la decisión de levantarse y pegarse una ducha en un torpe intento de purificación, quizás el correr del agua se llevase toda esa mierda lejos.

La ducha fue larga y desesperada. Luego se vistió y salió a la calle. La claridad del mundo exterior era horrible, por no hablar del enjambre de desconocidos que pululaban a su alrededor. Se ajustó las gafas de sol para ocultar las ojeras y se zambulló de lleno en el mundo, intentando darse prisa y no mirar a la gente a los ojos, sobre todo no mirarlos a los ojos, no ahora. Llegó hasta donde estaba aparcado su desvencijado Ford Scort del 88 y se montó. Apreciaba perfectamente el perfume de Ella en el interior del coche, flotando a su alrededor, penetrándolo, violándolo. Su estómago se encogió. Se encendió un cigarrillo y puso un poco de música.

*Sky is clear tonight*  
*Sky is clear tomorrow*

*A star is out*  
*I reach for one to sparkle in my hand*  
*A star is out*  
*I will not touch you, I am just a man \**

Sacó el móvil del bolsillo y le mandó un mensaje a Víctor: «*Ve saliendo, tardo 10 minutos*».

---

\* *El cielo está despejado esta noche/ El cielo estará despejado mañana/ Una estrella se apagó/ Busco alguna que brille en mi mano/ Una estrella está fuera/ No te tocaré, solo soy un hombre. Faith No More. Just a Man. 1995.*



En realidad tardó 14 debido al tráfico, no obstante cuando llegó al portal de Víctor este aún no estaba en la puerta. El cabrón tardó todavía otros 9 minutos en atravesar la puerta del coche, despreocupado y sonriendo, con la melena al viento.

—Mamón, te dije en 10 minutos.

—Perdona tío, me estaba echando espuma en el pelo.

—Joder, que no vamos a un puto desfile.

—Nunca se sabe, y la primera impresión es la que cuenta.

—Mierda, bastante he retrasado la cita con este como para encima llegar tarde.

—Eh, que retrasarla ha sido cosa tuya.

—Vámonos de una puta vez.

Alex arrancó y se pusieron en marcha. Víctor se encendió un cigarro y dio una profunda calada. Alex olisqueó el ambiente.

—¿Eso es un porro? —dijo.

—Sí, ahora te lo paso.

—¡No fumes petas aquí joder!

—¿Pero de qué coño hablas?

—No quiero que el coche apeste a hierba cuando hagamos la movida, son esos detalles los que te acaban jodiendo.

—Pero si no lo vamos a hacer hoy.

—Eso da igual joder, el olor se queda varios días. Los detalles lo son todo. ¡Los putos detalles!

—Jooooder... Mierda vale, ya lo apago.

—Mejor.

—¿Y un puto cigarro me puedo fumar o tampoco?

—Tabaco sí.

Víctor, decepcionado, apagó el porro y lo sustituyó por un cigarro normal. Lo encendió y miró por la ventanilla.

—Estás un poco histérico tronco.

—Estoy cansado, y de resaca.

—¿Mucha zarpa anoche?

—Bueno... Sí, un poco.

—¿No decías que no saliste?

—Y no salí, pero me puse pedo en casa.

—¿Has sabido algo de ella?

—No.

—Pues no sé tío... Quizás meterte coca en casa tú solo no sea lo mejor para calmarte.

—Coño, pareces mi madre.

—Lo digo por tu careto. Pero nada tío, ya eres mayorcito, haz lo que te salga de los huevos...

Se quedaron en silencio unos segundos. Víctor suspiró con incomodidad, observó un rato por la ventana y luego preguntó como un niño pequeño.

—¿Queda lejos tío?

—Que va, en los chalets de las afueras, no tardamos nada.

—Espero que el tipo sea de fiar.

—Lo es.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, solo lo supongo. Si nos ponemos en plan quisquillosos nadie es completamente de fiar.

—Nunca me lo has presentado.

—¿Y qué tiene eso de raro? No se mueve en nuestros mismos ambientes, creo que no fuma ni bebe, al menos antes no lo hacía.

—¿Entonces de qué coño lo conoces tú?

—Del gimnasio.

—Ah. Bien, bien...

No tardaron mucho en llegar a la zona residencial en la que vivía Nikolai. Era una urbanización de chalets adosados con bastantes espacios verdes y columpios, pero con poca gente que hiciese uso de ellos. Aparcaron junto a la casa y se bajaron del coche. El chalet estaba vallado. Se aproximaron a la puerta metálica y Alex llamó al timbre. Esperaron. Nadie contestaba. Alex lo intentó un par de veces más.

—Joder, empezamos bien, ahora este no está. Teníamos que haber venido antes tronco —dijo Víctor, visiblemente nervioso, mientras se encendía otro cigarro.

—Me dijo que no había problema con que viniésemos más tarde, dijo que estaría en casa. Espera...

Alex sacó su teléfono. Marcó y permaneció a la escucha.

—Hey Niko colega, soy Alex, ¿dónde andas?... No, estamos en la puerta de tu casa... Ah vale tío —colgó el teléfono—. Dice que está dentro, que no nos ha oído.

Acto seguido escucharon un estruendo metálico. Observaron a través de la verja la enorme puerta del garaje elevándose y de su interior surgió, como salido de una fragua infernal, la mastodóntica figura de Nikolai: 189 cm y 123 kilos embutidos en una camiseta de tirantes negra que dejaba ver perfectamente cada tenso relieve de su musculatura sudorosa. Era una montaña en movimiento. A cada paso que daba hacia ellos el sol se ocultaba un poco más, temeroso y avergonzado. Víctor sonrió ampliamente, era perfecto.

—¿Qué tal Alex, colega? Perdona tío, estaba en el garaje entrenando, con la música y eso, no me he enterado del timbre.

—No pasa nada tronco.

Nikolai abrió la verja y los dejó pasar.

—Mira Niko, este es mi colega y socio, Víctor.

—Encantado —Nikolai extendió su enorme y rocosa mano hacia Víctor. También le tendió una sonrisa jovial e infantil que no parecía encajar del todo con su aspecto amenazador.

—Encantado —dijo Víctor tendiéndole la mano y preparándose para un duro apretón. Para su sorpresa el apretón fue firme pero suave. También le sorprendió la falta de acento en la voz de Nikolai.

—Me habéis pillado al final del entrenamiento. Si no os importa me gustaría acabar, no tardo nada.

—Claro Niko, tranqui, esperaremos.

—Venid al garaje.

Lo siguieron. Nikolai había acondicionado el garaje como su gimnasio particular. Tenía varios juegos de mancuernas, un par de bancos, una jaula de potencia, una máquina multiestación de poleas y un saco de boxeo. Las paredes estaban empapeladas con fotos de culturistas: el omnipresente Arnold, Lee Priest, Kai Greene, Roelly Winklaar, Coleman... También había bastantes fotos de luchadores aquí y allá.

—Vaya, lo tienes bien montado tío —dijo Alex mirando a su alrededor.

—Sí tronco. Estaba harto de los gimnasios, no encontraba ninguno que me gustase. Están masificados y últimamente parecen más recepciones de hotel que otra cosa. A mí me gusta entrenar en las catacumbas tío.

—Ya, te entiendo.

—Y todas esas chicas luciendo modelitos con los babosos detrás. A un gimnasio se va a trabajar, no de ligoteo. En fin, que toda esa mierda me desconcentra, me aleja de mis objetivos. Bueno, un momento, en 10 minutos acabo —puntualizó mientras cogía dos enormes mancuernas parcialmente oxidadas.

—Vale tronco. ¿Qué estás haciendo?

—Pecho. Triserries.

—Si necesitas ayuda...

—Nah, no es mucho peso.

Nikolai se tumbó en uno de los bancos y comenzó a hacer press de banca con mancuernas de «poco peso» (40 kilos), realizó 12 repeticiones, seguidas de otras 12 de aperturas, luego las arrojó violentamente contra el suelo entre jadeos y se puso a hacer flexiones a toda velocidad hasta llegar al fallo. Alex lo observaba con una sonrisa en el rostro. Esa mole gigantesca era lo que necesitaban para cubrirles las espaldas y hacer que el personal se cagase encima.

—Joder, esto es matador tío —dijo Nikolai mientras se incorporaba y recuperaba el aliento.

—Jajaja, ya veo —contestó Alex.

—Lo bueno del entrenamiento de intensidad es que tardas poco, lástima que solo me queda una semana de esta rutina. Bueno, hago la última y ya acabo.

Se volvió a tumbarse en el banco e hizo la última triserie, dándolo todo y gimiendo como un animal.

—¡A la mierda! —dijo finalmente secándose el sudor y agarrando una garrafa de agua de la que bebió un litro en apenas un par de tragos.

—¡Hey tío, qué guapo, a este lo conozco! —era la voz de Víctor, que había estado vagando por el garaje mirando las fotos de las paredes y surgía ahora desde una esquina con cara de entusiasmo—. Es el Último Guerrero. ¡Joder! Me encantaba cuando era pequeño, qué recuerdos...

—¿Te gusta la lucha libre? —preguntó Nikolai.

—Me gustaba cuando era un crío.

—¿Y ahora no?

—Bueno, hace mucho que no la veo. De pequeño me lo creía todo, ahora como que es un poco ridículo, ¿no? Es todo falso.

—Falso hasta cierto punto. A ver, las luchas suelen estar planeadas y hay mucho teatro, pero de ahí a decir que todo es falso... Imagina a un tipo de 130 kilos estampándote contra una mesa y luego tirándose encima tuyo desde una altura de 3 metros, por mucho que lo calcules eso duele.

—Supongo.

—Yo aún lo veo de vez en cuando —apuntó Alex.

—Me jode mucho la gente que dice que todo es falso y se quedan tan anchos descalificando la lucha libre, a mí me apasiona —dijo Nikolai mientras seguía secándose el sudor—. Hace falta una buena condición física. Y estar como una cabra, claro. Además no es un deporte seguro para nada, ha habido muchos accidentes en la lucha libre, muertes, lesiones graves. Seguramente conocéis solo la WWE, Hulk Hogan, The Rock y todo eso... Pero hay todo un submundo, otras empresas, otros rollos... Echadle un ojo a un tipo llamado New Jack, o mirad por ejemplo los japoneses, les encanta la lucha libre y están locos, hacen luchas muy violentas, con mucha sangre, y fuego, y locuras...

—Jajaja, jodidos japoneses —exclamó Víctor.

—Yo aún veo combates de vez en cuando —dijo Alex—, y lo disfruto bastante. Para mí es una mezcla de lucha, teatro y ballet. Me resulta entretenido.

—Sí, jajaja, algo así, es una especie de ballet para hombres inmaduros —dijo Nikolai dando otro trago a la garrafa de agua.

—Pero es que todo ese rollito de los disfraces y las mallas de

licra de colores... No sé, se me hace un poco ridículo troncos — objetó Víctor.

—Pero ahí está la gracia tío —respondió Alex—. Está muy delimitado el bien y el mal y juegan con eso para crear las rivalidades y las tramas, esa es la parte teatral, todo son arquetipos. Es un deporte espectáculo. A ver, que me encanta el boxeo, el MMA y todo eso, pero eso es competición pura y dura, se trata de ver quién es el mejor, y me parece cojonudo. Pero la lucha libre es otro rollo. Es teatro y fantasía. Es como en los cómics de super-heroes o como cualquier serie de la tele. Puede haber uno muy técnico y querido por el público, el favorito, pero llega el malvado y le gana con trampas, o hace que le traicione un compañero, cosas de esas. El aspecto deportivo es solo una parte del show.

—Sí —intervino Niko—, a mí es lo que me gusta de ese mundo, poder crear un personaje y tener una buena historia. Siempre he pensado que me encantaría ser un gran villano.

—No sé, es un rollo extraño colegas.

—La vida es extraña tío, y a veces la ficción es la mejor forma de representar la realidad, la más honesta —sentenció Alex.

—Eso es una gilipollez. La realidad es la realidad, la ficción es la ficción.

—No creas, no es tan sencillo —continuó Alex—. Lo de que la realidad es la que es me parece una afirmación muy conformista. La realidad es algo más difuso de lo que la gente cree, la realidad no se plantea porque aparentemente es una verdad visible, tangible, certera... Pero no se puede estar seguro de ello ni de nada si lo piensas en profundidad. La realidad la crea cada uno, y es prisionero de ella incluso. Pero bueno, no nos pongamos en plan filosófico. Estamos hablando de lucha libre. Yo te hablo de mostrar la realidad, las pasiones y todo eso a través de arquetipos y exageraciones, como en la tragedia griega, te hablo de usar un método para provocar una reacción.

—Entonces, según tú, es mejor una película de superhéroes que un drama basado en hechos reales.

—Bueno, está claro que eso depende de quién lo haga y cómo

lo enfoque. Al fin y al cabo también depende de lo que quieres tú recibir como consumidor, lo que quieres sacar de la experiencia. Me encanta el buen cine, con guiones cuidados y mensaje, me gustan obras que me hagan pensar. Pero a veces también quiero un entretenimiento ligero y arquetípico, inocente, un sencillito «bien contra el mal» y si está bien construido puede enseñarte más sobre la vida que algo que pretende ir de real sin conseguirlo, no sé si me explico...

—Ya bueno, no te rayes, que te molan los tíos en mallas de colores y ya está. Puedes admitirlo tranquilamente, estás entre amigos.

Niko y Víctor comenzaron a reírse a carcajadas.

—Será eso jajajaja —repuso Alex—. También influye que de pequeño me encantaba la lucha libre, pensaba en ser wrestler cuando fuese mayor, cuando lo veo ahora intento volver a la inocencia de antaño supongo, el rollo de siempre de no querer crecer.

—¿De pequeño querías ser luchador? Jajaja, no tienes cuerpo para ello amigo —apuntó Nikolai.

—Sí bueno, era un sueño infantil, como para otros ser astronauta. Sin más, tampoco lo intenté nunca.

—A mí también me habría gustado.

—Bueno, tú sí tienes cuerpo para ello Niko, de sobra además.

—Jajaja, claro. Pero no es solo eso, yo lo llevo en la sangre.

—¿Qué quieres decir?

Nikolai se levantó del banco de ejercicio. Dio un último trago a la garrafa de agua y la posó en el suelo. Se colocó la toalla rodeando su fornido cuello.

—Mira, venid.

Se acercó a un extremo del garaje seguido por Alex y Víctor. En la pared no había ni un hueco libre debido a la enorme cantidad de fotos y recortes de luchadores. Pero una de ellas sobresalía por encima de las demás. Era una foto de unos 40x30 centímetros, en blanco y negro y con aspecto de ser bastante antigua, el hecho de ser la única enmarcada también hacía que resaltase

sobre el resto. En ella un tipo grande, barbudo y de grasienta melena realizaba un gesto amenazante al frente, como dirigiéndose a ellos a través del tiempo. Nikolai apuntó hacia la fotografía.

—¿Sabéis quién es?

—Ni idea —dijo Víctor.

Alex se aproximó un poco más hacia la foto para fijarse en los detalles. El tipo vestía una especie de piel de oso que solo le cubría parte de los hombros, dejando al descubierto un pecho enorme y peludo. Eso y el típico gesto amenazador en plan «¡Te voy a retorcer el pescuezo!» daban a entender que seguramente se tratase de un luchador que hacía de villano, algún tipo de bárbaro loco. Físicamente se parecía a Razor Ramon, el luchador de principios de los 90. Pero sin duda la fotografía era unas cuantas décadas anterior por lo que era imposible que fuese él. Alex no era un entendido, y menos aún de épocas anteriores a su infancia por lo que no se aventuró a decir un nombre.

—Uf. No sé Niko. Parece un rollo antiguo. Eso me supera, si fuese de cuando yo era pequeño fijo que lo adivinaba.

—Es Sergey Makarov «El Oso Ruso» —dijo Nikolai con tono solemne mientras se estiraba y realizaba hacia la fotografía un saludo militar. Luego sonrió abiertamente—. En realidad no era Ruso, sino Búlgaro. Y su apellido no era Makarov, sino Barnyashev. Era mi abuelo.

—No jodas tío.

—Hostias, qué bueno.

Alex y Víctor se aproximaron entusiasmados a mirar más de cerca la fotografía bajo la orgullosa mirada de Niko.

—Las fotos de alrededor también son de él.

—Así que eres nieto de un luchador de wrestling —dijo Alex—, qué bueno. Lástima que no me suene. ¿En qué época luchaba?

—En los 60, pero su carrera fue corta. Tuvo una lesión jodida en la rodilla y tuvo que dejarlo. Eso le amargó siempre, decía que estaba considerado como una gran promesa y que si no fuese por esa lesión habría acabado siendo alguien grande. Lo recuerdo gruñendo con



su marcado acento del este, cuando veíamos la lucha por la tele, él siempre decía: «si no llega a serr por el puta rrodilla habría sido más crrande que el maldito Hulk Hogan». Era bastante gracioso.

—Tiene que ser todo un personaje —dijo Alex.

—Lo era, murió hace un par de años.

—Vaya, lo siento tío.

—No importa, tranquilo —Niko se acercó hacia la fotografía y estuvo unos segundos en silencio, luego prosiguió—. Mi abuelo era un vividor. Fue a Estados Unidos para hacerse luchador, pero tuvo la lesión y se deprimió, así que volvió a Bulgaria, pero allí le comía la miseria así que vino aquí a probar suerte. Trabajó bastante de entrenador, de culturismo y eso. Estuvo en muchos gimnasios y entrenó a bastantes campeones. Pero le gustaba mucho la bebida así que tuvo bastantes problemas. Mi padre lo odia con toda su alma. Yo odio a mi padre, así que eso solo hace que mi abuelo me caiga aún mejor. Estuvo toda la vida para arriba y para abajo así que no lo veía mucho, pero recuerdo una temporada que vivió por aquí cerca y yo iba a visitarle a escondidas de mi padre. Tenía un banco y unas mancuernas y fue él quien me introdujo en el entrenamiento con pesas, también me enseñó los movimientos básicos del wrestling, aparte de eso veíamos peleas en la tele, me contaba sus aventuras... Recuerdo esa época como la más feliz de mi vida sin lugar a dudas.

—Joder, me habría gustado conocerlo, seguro que tenía grandes historias que contar.

—Ya te digo, las tenía, y seguro que las que no me contó eran las mejores. Vivió de todo, pero su gran espina, su gran fracaso, fue no haber conseguido ser alguien en la lucha libre. Se notaba cuando hablaba de ello, lo veías en su mirada. El caso es que el cabrón me lo pegó.

—¿Te pegó el qué?

—El sueño de ser alguien en la lucha libre.

—¿Quieres ser wrestler? ¿En serio? Nunca me lo habías dicho.

—Ya, no lo suelo pregonar. Si quieres hacer boxeo, kick boxing o algo así te respetan, pero si dices que quieres hacer lucha libre se ríen de tí, estoy un poco harto de eso.

—Te entiendo.

—Pero ahí está, desde casi toda la vida, desde aquellas tardes con mi abuelo. No tienes más que mirar a tu alrededor. Mira, esta es mi mazmorra y mira cómo la tengo, todas las fotos... Mierda, hasta me avergüenzo, no tengo ninguna tía desnuda, todo son luchadores locos y freaks musculosos. Siempre he soñado con ser uno de ellos, y noto que se me está pasando el tiempo.

—¿Qué edad tienes Niko? —preguntó Víctor saliendo de su silencio.

—Veintitrés.

—Vaya, te echaba alguno más, será por eso del tamaño.

—Ya, aparento más, pero aún así el tiempo pasa amigo.

Mi abuelo se largó a Estados Unidos con 17, y sin un duro en los bolsillos. Yo en cambio estoy aquí, acomodado en mi curro mediocre y fantaseando con mi sueño pero sin huevos para intentar cumplirlo... Pero eso va a cambiar pronto, estoy ahorrando para ello. Aquí ya no tengo nada que hacer, como deportista solo tienes una mínima esperanza si te dedicas al fútbol, en deportes de contacto nada, el boxeo quizás si eres uno entre un millón, y seguramente ni aún así. Y de la lucha libre mejor ni hablar, no hay circuito, no hay escuelas, no hay nada. Estoy ahorrando y me iré a Estados Unidos, o al menos a Inglaterra, está por ver, tengo que echar cuentas y sopesar pros y contras, pero me voy seguro. No voy a perder más el tiempo aquí, seguramente me coma la mierda, pero tengo que intentarlo. Pensad que yo no tengo estudios, ¿qué demonios voy a hacer aquí? ¿Trabajar de portero de discoteca? ¿De vigilante de seguridad? ¿O en fábricas como ahora toda la vida? Ni hablar. Eso es la muerte, yo no valgo para eso, me niego a ser una pieza más y tener una vida mediocre y normal. Tengo que intentarlo, y es ahora o nunca.

—Joder Niko, te entiendo, te entiendo perfectamente —dijo Alex, afectado por esas palabras.

—¿Vosotros no tenéis sueños que perseguir o qué?

Niko miró expectante a Víctor y Alex.

—A mí es que solo se me da bien beber, follar y el fútbol —dijo Víctor—. No sé colega, de pequeño quería ser futbolista, como todos supongo... Ahora qué quieres que te diga, con conseguir un curro medio decente donde no me sienta como un esclavo estafado y me de una mínima estabilidad me conformo. Tampoco pido mucho, aunque ahora con la crisis y toda esa mierda está el tema jodido. De todas formas me da igual tío, con la vida que llevo tampoco voy a durar mucho en este mundo, eso seguro.

—¿Y tú Alex? Siempre me has parecido un tipo inquieto, ¿no tienes ningún sueño?

—Bueno... —se quedó pensativo y suspiró antes de contestar—. No sé tronco, siempre quise ser estrella de rock. Hacer música, buena música. Tener una banda grande y respetada, recorrer el mundo, todo ese rollo... Y lo he intentado. Lo he intentado, no creas que no... Una vez incluso estuve a punto, muy cerca —volvió a quedarse en silencio unos segundos, mirando al suelo—. Pero... En fin... Creo que a mí ya se me pasó el arroz. Estoy muy quemado, demasiado esfuerzo, demasiadas decepciones...

—Es importante tener sueños colegas, y perseguirlos hasta el último aliento, pasando por encima de quien haga falta —Niko tensó sus músculos y se puso en posición de combate—. No resignarse a una vida mediocre siendo uno más. Yo no pienso hacerlo, porque cuando renuncias a tus sueños es cuando empiezas a morir.

—Ya Niko, eso es una actitud loable —dijo Alex—, suena todo muy bonito, pero tampoco hay que pecar de ingenuo. Cuando persigues quimeras, cuando persigues espejismos, ¿al final sabes lo que pasa? —Alex fijó su vista en el suelo y se acordó de Ella—. Que te das de bruces contra la realidad y contra ti mismo. Y te das cuenta de que el tiempo ha pasado y que lo has perdido todo.

## 6.

Alex, Víctor y Niko abandonaron el garaje/gimnasio y subieron al salón. Niko cogió unas latas de cerveza para sus invitados y una botella de agua para él. Posó todo en una mesa alrededor de la cual se sentaron. Alex se encendió un cigarro, dio una calada y se dirigió a Niko.

—Bueno tío, vamos a lo que hemos venido. Ya te lo conté un poco por encima, pero quería hablarlo con mi socio delante.

—Me parece bien —dijo Niko.

—El caso es que tenemos que hacer una transacción, en otra ciudad que ya te diré, y necesitamos alguien que venga con nosotros de apoyo. No tienes que hacer nada en realidad, tu presencia es meramente decorativa, para amedrentar y evitar que pueda haber algún problema.

—¿Amedrentar eh?

—Claro tío. Yo te conozco y sé que eres un cacho pan, pero das el pego como matón.

—Eres un gigante colega —rugió Víctor—, una jodida montaña, nadie se atrevería a meterse contigo.

—¿Qué tipo de transacción?

—Un asunto de drogas.

—Ya bueno, es lo que imaginaba. ¿Qué tipo de drogas y cuánta cantidad?

—Prefiero ahorrarme esos detalles.

—Venga, no jodas tío.

—Te puedo decir que es coca, pero la cantidad prefiero que la sepa cuanta menos gente mejor.

—No entiendo por qué.

—Hazme caso, lo prefiero así. Tú en ningún momento vas a tener contacto ni con la droga ni con la pasta. El transporte va a ser cosa mía, como te digo tú solo vas a estar presente cuando

hagamos el intercambio, no tienes ni que decir ni que hacer nada, solo estar.

—A ver, dime todo lo que puedas.

—Tú irás con Víctor hasta allí y me esperaréis a una hora indicada en un lugar en concreto que es donde vamos a hacer la movida. Simplemente tenéis que estar ahí para que no parezca que voy solo, pero en cuanto lo hayamos hecho nos volvemos a separar y cada uno vuelve por su lado. No corres riesgo ninguno Niko, no vas a tocar la mierda, ni antes ni después. Simplemente vas hasta allí, estás con nosotros un rato y te vuelves a tu casa. Así de fácil.

—Si no hubiese ningún riesgo no querríais que fuese con vosotros. ¿Con qué tipo de gente vas a hacer el negocio?

—Yo no les conozco. Pero Víctor sí, y dice que son de fiar.

—No hay fallo colega —intervino Víctor—. Un colega de hace muchos años que ahora vive allí es el que me ha dado el contacto. Nos criamos juntos, me fío totalmente de él.

—La gente cambia amigo.

—Ya bueno, siempre habrá un riesgo joder, pero lo digo en serio, es gente de fiar.

—¿Vamos a ir armados?

—Yo llevaré mi bardeo por si acaso —puntualizó Víctor.

—Lo veo innecesario —dijo Alex.

—Tengo un colega militar que nos puede conseguir pipas baratas.

—No jodas Niko, déjate de rollos, es una puta transacción de mierda, no va a pasar nada.

—Más vale prevenir que curar —apuntó Víctor.

—Haced lo que queráis —repuso Alex—. Yo no pienso llevar nada que bastante marrón es el material. Y para vosotros es arriesgaros a lo bobo, imagina que te paran en un control rutinario y te pillan una pipa... Habéis visto demasiadas pelis de gánsters, relajaos.

—No sé colegas —dijo Niko pensativo—. Me da un poco de mal rollo, lo mismo tenéis que darme algo más de pasta.

—No me fastidies Niko. La cantidad está bien para lo que vas

a hacer, eres mi colega y por eso mismo te he hecho una buena oferta, otra gente lo haría por menos.

—Pues llámalos a ellos.

—De ti me fío más joder. Prefiero que todo quede entre colegas, si no te gusta el trato tendré que llamar a otro, desde luego, pero preferiría no hacerlo. Hazme caso Niko, no va a pasar nada, la cantidad está muy bien.

—No sé...

—Oye Niko tronco —intervino Víctor—, yo no te conozco de nada, pero me has caído guay. Conozco a esa gente, no va a pasar nada, solo eres nuestro gorila para amedrentar, es dinero fácil, y dices que necesitar viruta para largarte de este agujero ¿verdad?, venga colega, no te rayes.

—¿Cuándo es la movida?

—Me gustaría hacerlo a primeros de la semana que viene —contestó Alex—, el martes estaría bien. Si nos das el sí estará todo preparado para el martes.

—¿El martes eh? —Niko agarró la botella de agua y le dio un trago. Luego dirigió su mirada al mueble del salón. Sobre la tele tenía una reproducción en plástico del cinturón de campeón de los pesos pesados de la WWE. Lo miró un rato mientras Alex y Víctor lo observaban expectantes. Acto seguido agarró nuevamente la botella de agua y vació lo que quedaba de un trago—. A la mierda, ¡hagámoslo!

—¡Joder Niko, perfecto!

Alex y Niko se dieron un fuerte apretón de manos.

—Espero que todo salga bien colega —dijo Niko.

—Tranquilo tronco, todo saldrá bien —respondió Alex.

—¿Puto dinero eh?

—Ya te digo, puto dinero... Y puta crisis, y puto todo.

—Ya, la mierda de la pasta colegas —intervino Víctor—. Pero es esa perra la que mueve esta sociedad de mierda, si no lo tenemos estamos fuera.

—Qué puto asco —dijo Alex—. En fin, ultimemos los detalles. Niko tío, ¿tienes otra birra por ahí?

—Voy a la nevera. ¿Tú quieres otra Víctor?

—Joder claro.

## 7.

Entraron en casa de Alex y fueron directos al salón.

—Joooooder tío. ¿Puedo hacerme un puto peta ya? —preguntó Víctor tras dejarse caer sobre el sofá.

—No solo puedes, debes.

—Menos mal.

—Voy a poner un poco de música y a coger unas cervezas.

Víctor comenzó a liarse un porro de marihuana. Alex encendió el ordenador, puso música y fue hasta la cocina, abrió la nevera y cogió una litrona. Antes de volver al salón se dirigió a su habitación, abrió el cajón y agarró la bolsita, luego regresó junto a Víctor que ya aspiraba la primera calada.

—Joder, que putas ganas tenía de fumar —dijo mientras expulsaba una buena bocanada—. Pues me ha caído bien tu colega Niko.

—Sí, es un tío majo.

—Joder, está mazo de grande el cabrón, pero parece un buenazo.

—Sí, es un buenazo.

—¿Y menudo personaje eh? Todo ese rollo del wrestling, ¿tú crees que lo conseguirá?

—Quien sabe, supongo que tiene que intentarlo... Bueno qué, ¿un tiritito? —dijo Alex abriendo la bolsita.

—Uf, no sé yo...

—¿Cómo que no sé yo? Hoy es jueves, hoy sí habrá que liarla un poco por ahí...

—Yo es que he quedado luego con una piva.

—Venga ya, no jodas.

—Sí tío, la casada esa que te comenté.

—Maldito perro, ¿vas a dejarme tirado por ella?

—Está claro que sí tío. Te aprecio mucho, pero tú no me la chupas.

—Venga coño, salimos hoy por ahí de fiesta, queda con ella otro día.

—Paso, me apetece follar, tengo que aliviar tensiones. Además me ha escrito antes y está super cachonda. El deber me llama tronco, ya saldremos mañana o el sábado.

—Joder, yo es que tengo que salir que sino se me echan las paredes encima.

—Ya... ¿qué tal lo llevas?

—Bueno...

—Aún es pronto tío, no le des muchas vueltas a la cabeza, y no desfases demasiado que ya sabes que con esa mierda luego vienen las depresiones.

—¿Entonces no quieres o qué? —dijo Alex extendiendo un pequeño montón de droga sobre un cuaderno.

—No quiero arriesgarme, ¿y si luego no se me levanta qué?

—¿Lo dices en serio?

—Sí tío, me ha pasado un par de veces cuando estoy puesto que o no se me levanta o se me levanta pero no me corro.

—Bueno, al menos con lo segundo no quedas mal.

—No te creas. La última vez que me pasó menuda angustia, yo ahí dale que te pego queriendo acabar de una puta vez y nada. La tía al principio encantada claro, pero luego estaba igual de harta que yo «acaba ya joder que quiero dormir», en fin, no me volvió a llamar...

—¿Entonces no quieres?

Víctor miró el montículo de coca. Su pierna comenzó a temblar, se tiró un discreto pedo.

—Mierda... Venga va, una pequeñita. Pero pequeñita ¿eh?

—No problem colega.

Alex dibujó un par. Lió un turulo y le tendió el cuaderno a Víctor.

—¿A eso le llamas pequeña mamón?

—Déjate de rollos.

Víctor bajó la cabeza y aspiró con fuerza, introduciendo todo el veneno en su cerebro.

—¡Ah! ¡Mierda! Joder, mmm que rica está coño.



Le pasó el turulo a Alex que hizo lo propio.

—No está mal, pero es basura comparada con la que tendremos en unos días.

—Ya te digo tronco, ya te digo... Joder, tengo ganas ya de quitármelo de encima, el rollo este...

—Sí tío, yo también.

—Pues sí, tu colega el Niko... ¡Que me ha caído de puta madre coño! Verás cuando aparezcamos con él, si por un remoto casual tienen intención de hacernos el lío se van a cagar patas abajo en el momento en que lo vean, vaya puta montaña.

—Ya te digo, tiene buena genética el cabrón... Eso y que se lo curra mucho, claro.

—¿Te imaginas que acaba siendo luchador y saliendo por la tele? La pinta la tiene, da el pego. Seguro que ya tiene pensado un disfraz, deberíamos habérselo preguntado jajaja.

—Puede que adopte el gimmick de su abuelo.

—¿El qué?

—Gimmick.

—¿Qué coño es eso?

—Pues el personaje, se llama así en el mundillo.

—¡Putos frikis!

—Ya bueno.

—Oye, como os rayáis con lo de los sueños y toda esa mierda el Niko y tú.

—Bueno, yo lo veo normal. ¿Acaso tú no tienes ninguna ambición de sobresalir un poco? ¿De expresar tu angustia creadora?

—¿Angustia creadora? Jajajaja, ¡Joder! Esa sí que es buena. Mi angustia creadora la tengo aquí —dijo agarrándose el paquete—. Y sí, tengo ganas de expresarla en todas aquellas mujeres que se dejen.

—Eres lo peor tío.

—Y vosotros unos soñadores de mierda. Mira, según lo veo yo en el mundo actual, con toda esta puta crisis y toda la mierda, bastante sueño inalcanzable ya es aspirar a tener un puto curro que te de suficiente pasta para vivir tranquilamente. Yo con eso me doy con un canto en los dientes, y aún así ya sería admitir una derrota.

—Coño, ¿nunca has querido ser estrella de rock, o actor de cine o algo así?

—Sí claro, supongo que a los 12 años. Pero vamos, si acaso por la pasta, las mujeres y las drogas, ¿quién no querría eso? Intenté tocar la guitarra hace años y oye, no se me daba mal colega, llegué a chapurrear algunas cosas. Pero demasiado curro... Además todo ese rollo es una lotería. Mírate a ti, tocas de puta madre y aquí estás, comiéndote los mocos igual que yo. Encima siempre estás quejándote, que si toda la pasta que te has gastado, que si todo el tiempo que te pasaste encerrado en casa, que si toda la mierda esa con los Ximera... ¿Para qué? Al final has acabado igual que yo, sentado ahí enfrente viéndolas venir.

—Ya bueno... También me ha dado cosas... Satisfacción personal...

—Pero no es eso de lo que me hablas, te quejas de no haber sido una estrella.

—Ya bueno... Joder, pero es que es una putada con todo el tiempo que he invertido, molaría que te lo reconocieran, sacar algo tangible también...

—Te jodes tío, te creíste las milongas esas de que persiguiendo las estrellas las alcanzas, el american dream, es lo que te digo yo, eres un puto soñador de mierda, vives en un mundo de fantasía tronco.

—¿Y qué cojones quieres que haga? ¿Que me resigne a una vida mediocre de mierda? ¿Levantarme a las 6 para ir a la puta oficina a hacer rico a otro soplapollas y quedarme con sus migas para llegar a casa agotado, discutir con mi mujer que me pone los cuernos contigo, acostarme sin follar y repetir el ciclo hasta el día de mi muerte?

—Bueno, si te sirve de algo eso tampoco lo vas a conseguir colega. Asistimos al final de la civilización y encima estamos en lo más bajo de la puta pirámide, así que date con un canto en los dientes si consigues curro en el McDonald's. Y lo de la mujer vete olvidando también en cuanto seas un poco más viejo. Sin un curro decente y sin un buen fajo de pasta tampoco querrán ni mirarte para mandarte a la

mierda. De hecho mira lo que ha pasado con la última.

—Joder, mierda... —Alex agachó la cabeza y se tapó la cara con las manos mientras suspiraba profundamente.

—Hostia... Tío... Tío... Lo siento... Coño, se me suelta la lengua con la puta coca...

—Tranquilo joder... Si tienes razón... Tienes razón en todo...

—Venga joder, no me hagas caso... Mírame, no soy más que un puto soplapollas.

—Pues como todos.

—No, pero ahora en serio. Joder tronco, tocas de puta madre, ¿que no has llegado a salir en los posters de la Metal Hammer? Bueno, qué le vamos a hacer. Tampoco otros miles de mendas que tocan de puta madre. Sois legión, no os tocó la carta. Pero anda que no me gustaría a mí tocar la guitarra como tú, tiene que ser la hostia. Joder, siéntete orgulloso.

—Ya tío, pero eso no da para las facturas de la luz. ¡Coño! No da ni para el puto tabaco, ¿qué mierda vamos a hacer?

—¿Sabes lo único bueno de estar en el puto filo?

—¿Tiene algo bueno?

—Sí. Que ya no hay nada que perder, que ya nada importa.

—Mierda, me voy a poner otro tirazo.

—Haz dos colega.

—¿Y qué pasa con tu erección?

—Bah, a la mierda, me la suda. Si no se me levanta que la jodan, que se tire a su marido que para eso está, a mí me da igual, ya no tengo nada que perder. ¿Lo ves?

## 8.

El teléfono de Víctor emitía silbidos de una forma compulsiva. Cada pocos segundos ese sonido estridente se metía en el cerebro de Alex que se afanaba en poner otras dos gruesas filas de forma simétrica.

—¿No puedes quitarle el sonido a esa mierda?

—Ya tío. Es la pesada esta, menuda brasa, está que se sube por las paredes. Mira la foto que me acaba de mandar.

Víctor acercó su teléfono a la cara de Alex. Este apartó con desgana la mirada de su tarea y enfocó la pantalla. Lo que vio en ella fue un coño peludo mirándolo fijamente.

—Vaya.

—Lo que te digo, está que arde la pobre.

Alex volvió a centrarse en la cocaína. La visión de ese coño no le provocó ninguna excitación, no se conocían, no tenía esa carga emocional que tenía para su colega. Solo era un coño, y de hecho había muy pocos coños bonitos por el mundo, en realidad todos parecían una especie de billeteras peludas, y no obstante hacían girar el mundo y hacían perder la cabeza.

—Me voy a tener que pirar tronco a darle cera a esta.

—¿Se te levantará?

—Espero que sí. Aunque sinceramente no estoy muy por la labor, esta mierda me está pegando, ya he empezado a liarme y estoy bien aquí de charla contigo.

—Bueno, seguro que luego llegas y estás bien, y si no pues te piras.

—Ya, no, si tendré que ir tirando. Joder, al final me has liado, se supone que era una pequeñita y mira, ahora voy con toda la puta enzarpada.

—Oye, que yo no te he puesto una pistola en el pecho.

—Está claro. Lo único el puto ansia, ahora no sé que hacer, si quedarme, tirar para ahí, irme a la mierda...

Alex se inclinó sobre la mesa, se metió el turulo en la ventana izquierda y aspiró.

—Wooooaa... Ufff... Mmmm... Joder —se reclinó sobre el sofá. Le pasó el turulo a Víctor—. Toma tú.

—Voy... Mírala qué bonita... ¿Me la meto por el derecho o por el izquierdo? ¿Quién será el afortunado? Venga va... ¡Yeeeeepaaa! ¡Padentro! ¡Wooooo! Mierda... ¿Dónde está la copa? —Alex no contestó, absorto en el vacío—. Ah, está ahí... Me bebo la copa

y tiro para donde esta... O bueno, lo mismo no... No sé... ¿Qué hora es? —Alex no contestó, absorto en el vacío—. ¿Qué hora es? ¡Tú! Bah, que te den... A ver... Joder, las doce ya... Le dije a esta al principio que sobre las diez... Bueno, que la den, ahora voy... Voy a darle un trago a esto primero... A ver... Nah, para lo que queda me la acabo, ¿total? Venga, Hidalgo Hidalgo... ¡Joder! ¡Adoro el puto bourbon! ¡Y la zarpa! ¿Cuanto nos hemos metido ya con la tontería? —Alex no contestó, absorto en el vacío—. Voy a ir para donde la tronca esta a ver qué pasa. ¿Nos metemos la última pequeña para el trayecto? No bueno, mejor que no... Así me despejo por el camino... Joder, es que está tan rica... Pero bah, ahora toca follar, es la hora, it's fucking time, ¿se dice así? ¿O sería fucking fuck? Bueno, ¡a la mierda! Da igual... Putos guiris de mierda... —Víctor se incorporó de un salto—. ¡It's fucking time! Me largo a follar, qué vida más dura ¿eh colega? Lo mismo vuelvo en un rato... Te llamo si eso. ¿Tú vas a salir? —Alex no contestó, absorto en el vacío—. Que pregunta más tonta. Claro que vas a salir... Pues lo dicho. Me largo. Primero un chupito para el camino —se sirvió—. ¡Yeah! Ahí, sí. Mejor. Donde va a parar. Así sí... Pues lo dicho, en un rato te llamo.

—Vale tronco —contestó Alex, sin dirigirle la mirada.

—Hasta luego tú, luego te llamo, no la líes mucho.

—No... tranquilo...

—Venga, que te den.

—Pásalo bien.

—Gracias... ¿O me quedo un rato? —Víctor observó alrededor— No. Me voy a follar, luego te llamo.

Alex giró débilmente la cabeza y observó cómo desaparecía su amigo con todo el nerviosismo cocainómano. Escuchó la puerta cerrarse. Volvió a fijar la mirada en la pared, blanca, vacía... La sección rítmica del tema que estaba sonando era hipnótica. Pensó en un reloj de arena. Un reloj cuya arena no dejaba de caer adentrándose en un terreno desconocido.

*Some had prepared for this show.  
Dug their salvation underground.  
Concrete paradise raised for the chosen ones.  
Deep enough to be deaf, bury remorse on the surface.  
Blind enough no wander in the dark of own madness \**

Alex meditó mecido por la música.

Sin duda Víctor era lo que se conocía como un «buen chaval». Tenía sus cosas, como todos. Pero era un buen tipo, y un gran escudero. Pensaba en todo aquello que le había dicho hacía unas horas, lo de que era un puto soñador. Estaba en lo cierto, para que negarlo. A veces admiraba esa actitud despreocupada de la mayoría de la gente. Al fin y al cabo seguramente no había nada más en la vida: beber, follar, ir hacia adelante. Era un mundo absurdo, una sociedad totalmente enloquecida, una selva repleta de monos hediondos que se creían algo. Se trataba de sobrevivir y, a ser posible, vivir un poco ya de paso, que bastante complicado era ya. Y así seguían las legiones, empujadas hacia adelante por el engranaje. Ningún ansia etérea. Ningún sueño absurdo. Alimentados con aceite. Una inercia ciega los guiaba, solo eso. Te arrojaban desnudo al frío asfalto y no había tiempo para llorar, porque inmediatamente te tenías que poner a correr, empujado por el engranaje. Estudia. Trabaja. Forma una familia. Crea tu remplazo y muere sin dar el coñazo. Adiós amigo. Adiós para siempre.

No podía ser así. No podía haber solo eso. Era demasiado horrible. Demasiado horrible...

Pero nada indicaba otra cosa. Las cartas se pusieron sobre la mesa y los llevaron hasta ahí. Estadísticamente hablando no podía ser un error. ¿Qué era entonces eso que sentía? ¿Qué era ese estremecimiento interior? ¿Había algo más grande ahí dentro o solo eran procesos químicos?

---

*\* Algunos se habían preparado para este espectáculo/ Excavaron su salvación bajo tierra/ Paraíso de hormigón levantado para los elegidos/ Lo suficientemente profundo como para ser sordo, enterrar remordimientos en la superficie/ Lo suficientemente ciego como para no vagar en la oscuridad de la propia locura. **Decapitated. Blindness.** 2014.*

El ansia creadora estaba ahí, estaba en su interior. Esa sensación al tocar la nota adecuada. Ese estremecimiento que le hacía creerse Dios. ¿Y quién o qué era eso? ¿Solo mentiras alimentadas por uno mismo? No podía ser, se negaba en redondo a admitirlo. Y si era una mentira, si realmente estaba loco, si solo era un puto loco soñador intentando atravesar una pared de granito... Tampoco importaba, mejor su locura que la de ellos, ¡putos zombis! Podían quedarse con sus fábricas y sus centros comerciales, vagando por ellos y comprándose camisas. Él quería lo absoluto. Quería aquello que había podido rozar. La puta droga de Dios. El néctar del creador. Quería salvarse o arder del todo.

El dinero y la fama nunca llegaron, ¿a quién le importa? Al menos tenía esa llama que alimentaba su alma, porque el alma, de existir, debía ser algo que alimentar. El alma era algo que se creaba y retorció. Todos nacían siendo un lienzo en blanco, con el que podías limpiarte el culo o envolver el bocata para el descanso en la fábrica. O podías prenderle fuego, hacer que ardiese y los quemase a todos. Seguramente era mejor así, quedarse en el subsuelo y maquinarse desde ahí, porque el dinero y la fama eran el mal, la última trampa para los soñadores. El engranaje lo sabía y brindaba ese dulce caramelo, o su reflejo, para amoldar a los últimos rebeldes en el hueco destinado a la «industria del entretenimiento».

En cualquier caso una cosa estaba clara: no quería estar con ellos. No quería ser uno de ellos. Tenía que seguir la voz que escuchaba en su interior y que le aconsejaba apartarse. No podía ser una pieza más de una máquina defectuosa. No podía colaborar con eso, hasta el suicidio era más apetecible. Nadie dijo que fuese a ser fácil. Nunca fue fácil ser un Dios. Nunca fue fácil escapar de una trampa. Nunca fue fácil mirar al sol. Nunca fue fácil despertar de un sueño.

Quien tenga oídos que oiga.

Había que lanzarse a lo desconocido, aunque solo fuese por amor propio. Debía ser un compromiso de uno mismo para con su alma. El ansia creadora podía expresarse mediante el arte, o mediante la creación de un personaje como pretendía hacer Niko

en el wrestling, o por cualquier avance en cualquier campo. Se trataba de sobrepasar los límites, de ir a donde nadie había estado antes. «Sí bueno, mucho teorizar, pero la verdad es que no estoy creando nada, no estoy expresando nada, estoy estancado hace tiempo, hundiéndome sin remedio» Pensaba Alex. Y así era. Estaba sumergido en el hastío, la apatía lo estaba comiendo vivo y ya no recordaba bien cuando fue la última vez que había probado la droga de Dios. Pensaba mucho en la creación y en lo mal que lo hacían todos en todas partes, pero no dejaban de ser pataletas desde el sofá mientras perdía el tiempo en Internet o con las personas. Llevaba muerto mucho tiempo. No obstante, quizás por pura desesperación, estaba convencido de seguir poseyendo una pequeña llama en su interior, seguramente solo una ridícula ascua ya. Pero estaba ahí, solo era cuestión de avivarla, de soplar un poco para que la paja comenzase a arder, y quizás ahora fuese un buen momento. Pero la pereza le tiraba fuertemente de la pierna. El cansancio, la negatividad, el desengaño... Los llevaba a todos metidos en la mochila. Todo ello, la angustia existencial, el reciente desengaño amoroso que le dolía como mil puñaladas, el odio hacia una sociedad enferma... Era muy complicado tratar de extender las alas en ese basurero emocional y social. Pero no era tan complicado marcarse otra buena raya de coca, así que optó, de momento, por lo segundo.

Cogió la tarjeta y puso otro montículo sobre el lienzo, lo extendió, enrolló el turulo y esnifó.

Volvió a dejarse caer contra el sofá. ¿Crear algo o destruirlo todo? Ah, el eterno dilema...

Por alguna razón, puede que la cocaína, o el haber estado un rato creyéndose Dios, se puso cachondo de forma inesperada. Empezó a acariciarse por encima del pantalón y a los pocos segundos tuvo que incorporarse y dirigirse hacia el ordenador. Abrió una ventana a Internet y se metió en una página de porno. Tras pesarlo brevemente se inclinó por la sección «Asian Teens». Eligió uno de los vídeos, se bajó el pantalón y comenzó a darle. Su erección no estaba a la par que su excitación, rollos de la



cocaína, no obstante parecía ser suficiente para una breve sesión de onanismo. Por desgracia tras unos cuantos minutos poco inspirados y después de haber visto el mismo vídeo entero un par de veces se tomó un respiro. Se incorporó y trató de ser más preciso en sus depravaciones a ver si tenía más suerte. Tecléo «Asian teen creampie compilation», eligió un vídeo de bastante duración y se puso nuevamente a darle a la zambomba. Parecía que la cosa iba ligeramente mejor en ese segundo asalto y al cabo de un buen rato casi rozó el orgasmo, pero tuvo que parar porque, debido a la tensión de su cuerpo, el gemelo de su pierna derecha estuvo a punto de montarse.

—¡Mierda! ¡Me cago en la puta!

Así funcionaba la coca: un ansia desbocada e irrefrenable que a la vez empujaba y frenaba, anulando totalmente el juicio.

Finalmente cerró Internet y se dirigió a la carpeta de la Super Nintendo, ahí estaban sus vídeos. No estaba del todo seguro de hacerlo, pero finalmente eligió uno y lo puso. Ahí estaba Ella. No era solo un vídeo porno más, esas imágenes tenían una importante carga emocional para él. Observando el vídeo y apoyándose en su fantasía pudo nuevamente acercarse hasta su cuerpo. Volvió a sentir su respiración, pudo ver su cara, rozar su pelo... Volvían a estar ahí, en la cama, volvían a hacer el amor... Se corrió al poco tiempo, fue un orgasmo intenso cargado de tristeza.

Cuando regresó a la realidad se vio a sí mismo como un ser patético, con la mano y la barriga salpicados de un esperma débil y aguado. Seguramente Ella se refería a eso cuando dijo lo de «sobre todo no quiero que los veas». Sin duda era algo enfermizo y triste que no le ayudaba en absoluto a superar la situación. Pero la echaba tanto de menos... no sabía qué hacer. Seguramente estaba exagerando, tenía tendencia a hacer un mundo de cualquier cosa, por amor de Dios, ¡solo lo habían dejado hacía un día! Es posible que fuese una de esas falsas rupturas, a lo mejor volvían a estar juntos... Y, aunque no fuese así, el mundo seguiría girando. El principio era lo peor, los primeros días eran los peores. Salir de una relación tan larga no era fácil, era como con cualquier

otra droga, los primeros días de abstinencia venía todo el mono, los temblores, los pensamientos recurrentes... Pero si conseguía superar eso, si conseguía superar ese periodo fatal luego todo iría a mejor. El dolor también se iría desvaneciendo, aprendería a estar nuevamente solo... O quizás llegase otra persona, puede que incluso una persona mejor... Sabía todo eso, intentaba decírselo a sí mismo y relajarse, pero el caso es que el vacío que sentía era absoluto. Estaba triste, estaba solo y, según parece, la había perdido... Se le hizo un nudo en la garganta, comenzó a tener un ataque de ansiedad. Sí, sin duda era patético. Agarró el rollo de papel higiénico y procedió a limpiarse. Mientras lo hacía le asaltaron los recuerdos.

*No ha sido un viaje muy largo, por suerte ella estudia en una ciudad cercana, poco más de hora y cuarto en coche a una velocidad moderada. Es la primera vez que va a visitarla. Por supuesto algunas dudas le han asaltado durante el camino, quizás ha sido un error, quizás el fin de semana es un desastre... No obstante ahí está, frente a su puerta. Piensa «bueno, vamos a ver qué pasa» y llama al timbre. Ella le abre enseguida, se miran y sonríen. ¿Te ha costado encontrar el piso? No, para nada, solo he tenido que preguntar a una persona. Atravesan el salón, hay un tipo tirado en el sofá bebiéndose una lata de cerveza, debe de ser uno de sus compañeros de piso. Se saludan mutuamente sin excesivo entusiasmo. Pasan a la habitación. Es una habitación modesta y ordenada. Él se percata de que el colchón está tirado en el suelo, pregunta: ¿Y eso? Bueno, jajaja, le he quitado las patas a la cama, es que hace mucho ruido y no quiero molestar a los compis, porque por descontado tendremos bastante sexo durante el fin de semana, espero. Claro, puedes contar con ello, dice él sonriendo. Se quita la mochila y la deja sobre una silla. Bueno, ¿qué quieres hacer, vamos a tomar unas cervezas por ahí y me enseñas un poco la ciudad? Vale. Se miran fijamente, en silencio, ambos sonríen y a los pocos segundos se abalanzan uno sobre el otro. Empiezan a besarse de forma salvaje, cegados por la pasión. Él la arroja sobre el colchón y se quita*

*la camiseta, se pone sobre ella, agarra su pelo y continúa besándola, las respiraciones y pulsaciones se aceleran, a punto de explotar.*

*Cuatro horas después están completamente bañados en sudor. Él la está tomando por detrás, agarrando fuertemente su culo. Ella gira la cabeza para mirarle a la cara, su expresión es de lujuria absoluta, le sonríe complacida. Esa expresión en su cara activa un resorte en él, nota el orgasmo llegando de forma inesperada y tiene que sacar su polla velozmente para evitar correrse dentro. Mientras aúlla un potente chorro de esperma sale despedido de él y baña toda la espalda de ella. Él se deja caer a su lado, casi no puede respirar, le da la impresión de que va a sufrir un ataque al corazón en cualquier momento, este último orgasmo ha sido demasiado intenso. Intenta recuperar el aliento mientras ella le acaricia el pelo. Joder tío, eres espectacular. Gracias, tú también. Jajajaja, pobrecito, casi no puedes hablar. Dame unos minutos anda. Vale, descansa. Ella se gira, coge su ordenador portátil y empieza a teclear de forma frenética. Él la observa. ¿Qué haces tía? Estoy escribiendo a mis amigas. ¿Para qué? Para decirles que me acaban de echar cuatro polvazos y que voy ahora a por el quinto. Joder tronca, como eres... Jajaja, que se jodan y se mueran de envidia. Qué cabrona. Ella vuelve a dejar el portátil sobre la silla, se acerca a él y pasa el dedo índice por su pecho. ¿Qué, has recuperado ya el aliento? Bueno, un poco. Oye tronca, y si vamos ya a tomar algo... Jo, venga, uno más. Él lo piensa, está agotado, pero por otra parte es todo demasiado bueno. Bueno venga, dice, y comienzan a besarse de nuevo.*

Alex terminó de quitarse su ridícula corrida de encima, hizo una bola con el papel higiénico y lo arrojó al suelo. Se sentía triste, vacío, desesperado. Todo se iba al garete irremediablemente, siempre. La opción del suicidio no le parecía tan mala después de todo, aunque sería el colmo del patetismo, pero teniendo en cuenta su caída libre en los últimos tiempos era algo que no iba a desentonar demasiado con todo lo demás. Volvió a reclinarsse, volvió a recordar.

*Están sentados en una terraza bebiendo una enorme jarra de calimocho. A él no le gusta ese bar, tampoco le gusta el calimocho. Llevan un buen rato en silencio, parece que no tienen nada que decirse, se aburren. Ella lo mira, nota perfectamente su hastío, decide romper el silencio. ¿Sabes? Creo que ya no me quieres. Claro que te quiero tía. No es verdad. ¿Por qué dices eso? Lo noto, lo veo, ya no te gusto, ya no te gusta estar conmigo. No digas eso anda, es solo que no estamos atravesando nuestro mejor momento. No lo creo, ya no te gusto, ayer ni siquiera quisiste dormir conmigo. Pero no es porque no te quiera. ¿Entonces? Joder porque lo paso mal tronca, hace ya casi un mes que no follamos. Ya estamos otra vez con el mismo puto tema. ¿Y qué quieres que te diga tronca? Estoy que me subo por las paredes, me acuesto contigo y estoy ahí pensando si meterte mano o no, y al final ni me atrevo porque sé que me vas a decir que no te apetece y yo me voy a cabrear por ello y vamos a empezar a discutir y ya está, la mierda de siempre... ¿Y qué quieres que te diga? Si no me apetece no me apetece. Vale, lo respeto, pero joder... Un puto mes, no me parece normal. Es que si por ti fuera estaríamos follando todo el día y a mí no me apetece. Pero ni tanto ni tan calvo tronca, ¿sabes cuando fue la última vez que follamos? No, no lo sé, pero seguro que tú sabes hasta los minutos y los segundos porque es en lo único que piensas. Pues mira, de hecho sí, para tu información la última vez fue hace exactamente 24 días. Pues vale. ¿Y sabes cuando fue la anterior a esa? No. 17 días. Estás enfermo tío, estás obsesionado joder. Obsesionado no, pero coño, no es ni medio normal, en 40 putos días solo hemos echado un polvo de mierda. Gracias por lo de «de mierda», eso me hace sentir mucho más relajada y confiada, muchas gracias. Es que estoy harto, hablo con los colegas, salen por ahí a emborracharse, conocen a cualquier tía, se la llevan a casa y echan tres o cuatro polvos y yo, que se supone que tengo una novia para la cual soy el tío más atractivo del mundo echo un puto polvo cada 40 días. Pues lo mismo necesitas una de esas zorras y así pasas de mí. Pues mira, lo mismo sí. ¡Vete a la mierda! Vaya, gracias amor, eso ha estado muy bien, muy elegante y conciliador. Que te jodan. Sí, eso es justo lo que quiero. Gilipollas.*

*Vuelven a quedarse en silencio, un silencio incómodo, no se miran, no se quieren, no se aguantan. Ella se enciende un cigarro, mira su mechero,*

*se observa la mano. Lo mira a él. Él no la mira, tiene la mirada perdida en el vacío. Ella puede notar toda su rabia y frustración, decide volver a romper el silencio. ¿Sabes qué? A ver, dime. No sé, te miro y... Joder, no sé como explicarlo, hay que escoger tan bien las putas palabras... ¿Me miras y qué? Que no siento nada. Explícate. No sé... ¿Cómo que no sé, lo dirás por algo? No sé si volverá a ser como antes, no sé si voy a poder complacerte, no sé si esto va a mejorar, pero es que... No sé, ya no me siento como antes y creo que ya no siento por ti lo mismo que antes. Genial tía, eso es genial, cojonudo...*

*Él agarra el calimocho y le da un largo y furioso trago, está asqueroso.*

Alex se puso en pie y agarró fuertemente su cabeza. Se le estaba yendo de las manos, podía notarlo. Se acercó a la ventana y miró al exterior sopesando el estado de la jungla. Vio una pareja a lo lejos paseando cogidos de la mano en mitad de la calle desierta. Se encendió un cigarro y continuó mirándolos hasta que desaparecieron tras una esquina.

Ah, el amor... Que rápido llega, que fuertemente golpea, como se agarra y te destroza... Y como se larga... Siempre era la misma historia, le había pasado a él y le había pasado a otros: conocías a alguien con la guardia un poco baja. Te soltabas todo ese rollo de que vas a ir despacio, con calma, que no quieres agobios ni dramas. Y te lo crees. Pero sin darte cuenta vas dejando las cosas de lado embelesado por el cariño que recibes. Se forma la complicidad, los mensajes son cada vez más habituales. Empiezas a hablar de que has conocido a alguien. Esa persona cada vez está más presente en tus conversaciones, en tus planes, en tu mente. El sexo cada vez es mejor, los momentos son mágicos, la otra persona cada día es más interesante, más fascinante. Ya es una prioridad absoluta. Vas dejando todo lo demás de lado. Salir con los amigos ya no es tan divertido. Para no acabar totalmente alejado de la gente intentas meter a esa persona en tu círculo. La presentas en sociedad. Ahora resulta que sois una pareja. Míralos, por ahí van... Es el comienzo del fin.

Por supuesto eso no se piensa al principio, el principio siempre es lo mejor. No te lo terminas de creer. Estás cegado y contento. No hace falta hacer gran cosa, basta con estar. La pasión está en su punto álgido. Esa primera fase suele durar un año, año y medio a lo sumo, dos en casos extremos. Luego la rutina va haciendo todo menos colorido. Las locuras y manías de cada uno, que tímidamente se han hecho visibles en ese tiempo, pasan a ser mucho más presentes y molestas. Esta fase ha de alimentarse con nuevas vías de exploración, con proyectos en común. De no ser así la siguiente fase llega mucho antes y no obstante, aún con esas, no tarda demasiado en llegar: es el tedio. Época de discusiones constantes e irreconciliables, muchas de ellas por auténticas nimiedades. Época de mentiras, de infidelidades, de frustración. Todo eso termina desembocando en la ruptura o en la agonía. Por supuesto dependiendo del tipo de personalidad de los implicados cambian los matices, pero este bien podría ser un esquema básico de la historia. El tipo de sociedad individualista y libre de cargas morales y religiosas hacia la que se encamina el primer mundo ha acelerado y hecho más patentes todas estas premisas. Si bien en épocas pretéritas la gestación de una familia y la mayor sumisión de la mujer podían hacer que se alargase el estado de pareja hasta el infinito eso cada vez va siendo menos habitual. La gente ya no está por la labor, los vaivenes económicos e inestabilidad tampoco lo hacen sencillo, pero principalmente es un cambio de mentalidad. La institución del matrimonio ya está completamente rota, e incluso quienes se apoyan y creen en ella saben que es algo que se puede anular en cualquier momento. Hace unos siglos romper el matrimonio podría ser visto como un billete de ida ni más ni menos que al infierno, ahora la preocupación y consecuencia de ello es un peregrinaje burocrático, una lucha por custodias y bienes, que no deja de ser también un tipo de infierno, pero menos aterrador que ser arponeado por demonios durante toda la eternidad. Como vimos en la teoría de los erizos la gente no está programada para aguantarse durante mucho tiempo. Habrá algún extraño caso en que todo esto no se cumpla pero eso, al igual que

la gente poseedora de tres pezones, es la excepción, no la regla. Por tanto el concepto de pareja, y especialmente el espejismo de pareja eterna, es algo que debe revisarse para evitar el sufrimiento innecesario.

Por supuesto la gente, en su congoja y tribulación, no está dispuesta a dejar de soñar. Acaban tropezando en las mismas piedras una y otra vez, incluso sabiendo el desenlace de antemano. Pero claro, hay que admitir que el grado de cariño y complicidad que se genera en una pareja, sobre todo en las primeras fases de la relación, es una droga demasiado potente como para pasarla por alto. Resumiendo: el amor es una mierda. Pero tiene sus cosillas...

*El baño está cubierto de vaho producto del agua caliente de la ducha y la sesión de sexo desenfrenado en la misma. Ahora están relajándose en la enorme bañera, observándose uno a otro, sonriendo, lanzándose agua como si fuesen niños pequeños. Ella coge uno de los pies de él. Vaya, mira cómo tienes esto. Agarra una piedra pómez y empieza a raspar las durezas que él tiene en el talón. Él aparta el pie en un acto reflejo. Oye tía, déjalo, no hace falta que hagas eso. Que sí, trae el pie. No, para. Que traigas. Forcejean un poco. Que no tía, es que... No sé, me da vergüenza. Anda, no digas tonterías, trae el pie. Al final cede y se deja hacer. Mira, ¿ves? Hay que quitar toda esta piel muerta. Él la observa, le parece algo tan íntimo, tan personal, tan bonito... Algo que nadie había hecho. Eres un desastre tronco, pero ahora estás conmigo y yo te voy a cuidar, ya verás, voy a cuidar de ti. Él sonríe. Siente cosas que no había sentido antes. Está empezando a gustarle demasiado esta chica.*

Alex empezó a notar un nudo en su garganta. Le faltaba el aire y tenía ganas de llorar. Siguió mirando por la ventana. Pensaba en lo que pasaría si se arrojase al vacío. Seguramente nada. No sería una gran tragedia, no sería una gran pérdida. Algunos llorarían, un puñado de amigos y familiares. Los colegas le dedicarían un brindis el fin de semana, y luego el olvido... No sería una gran pérdida...

Se agarró la cabeza, intentó respirar hondo, relajarse. Se puso a deambular por el salón. Cogió un cigarro y lo encendió. Sus manos temblaban ligeramente. No respiraba bien, no era dueño de sus pensamientos. Volvió a la ventana buscando una distracción exterior. Fumó y observó. Era todo un enorme enjambre, un conglomerado, todo eran trampas, todo era sufrimiento. Arrojó el cigarro por la ventana, lo observó caer. Caer. Caer. La cocaína llevaba su mente a la deriva, sin dirección. La cocaína no era la droga de Dios, era la droga de los hombres. Caer. A la deriva. Todo era un caos.

Giró un poco la cabeza y fijó su mirada en la mesa. En la bolsita. No había salida. Estaba solo.

Se acercó a la mesa. Dibujó una y la esnifó. Todos vamos a morir. Todos estamos solos. Dibujó otra y la esnifó. Todos vamos a morir. Todos estamos solos. Dibujó otra y la esnifó.

Finalmente tomó la decisión de largarse a la calle, a los bares, a emborracharse.

## 9.

La noche era fría y desapacible. No obstante al ser Jueves había algo de movimiento en los bares. La gente ya no era capaz de esperar hasta el fin de semana para emborracharse y olvidar. Y con razón, la vida de la mayoría de ellos era, cuanto menos, una mierda, una estafa.

Fue a uno de sus garitos habituales. Había bastante gente allí. Se acercó a la barra y pidió vodka con naranja. Se quedó ahí sorbiendo la copa y observando a la gente. Había unas cuantas chicas, pero predominaban los hombres. La competición era feroz. Todas las chicas guapas estaban rodeadas por tíos intentando hacerse los simpáticos y eran observadas desde lejos por los tímidos. En cualquier caso eran el blanco, el objetivo. Todos ellos intentando de forma desesperada meter su ridícula



picha por el agujerito. Tarde o temprano él también tendría que meterse en el tablero. Le daba una pereza tremenda todo el rollo del cortejo. Tener que aproximarse a una desconocida a hacer el paripé, intentar parecer simpático, o gracioso, o vete tú a saber qué... Mentir, engañar, esquivar rivales, y encima siendo consciente de las altas probabilidades de fracaso. Era más sencillo simplemente beber así que, de momento, se centraría solo en eso.

Hizo un paréntesis para ir al baño a drogarse. Volvió a la barra, terminó la copa y pidió otra. Alguien lo reconoció y se puso a hablar con él. Conversaciones banales, vacías. Al rato el tipo se fue.

Alex percibió que una chica al otro extremo de la barra lo miraba. Era joven y guapa. Se hizo el despistado, no obstante de vez en cuando miraba en su dirección y no podía evitar que sus miradas se encontrasen, en una de ellas la chica le sonrió, él levantó ligeramente la copa y le devolvió una sonrisa desganada. Continuó bebiendo, a lo suyo. Cuando volvió a mirar hacia ella vio que un chico se le había acercado, hablaban de forma animada, había sonrisas de por medio. La chica ya no volvió a mirar a Alex y al rato ella y el tipo con el que hablaba desaparecieron rumbo a la salida. Así funcionaba, había que darse prisa. Tampoco le importaba, no le apetecía estar con otra chica todavía, pero tarde o temprano tendría que hacerlo, aunque solo fuese para satisfacer las necesidades físicas vitales. Con solo pensar en ello le asaltaba el tedio. Quizás debiera hacerse monje, aislarse en una montaña y trabajar por la preservación de la fe. Hizo otra visita rápida al baño, se terminó la copa y cambió de local.

Por la zona de bares la gente ya llevaba unos pedos considerables, veía a gente caminando como si lo hiciesen sobre balsas. Algunos yacían por el suelo, los más afortunados tenían amigos al lado intentando reanimarlos. Él también notaba el calor étlico empezando a trabajar, por suerte el suelo aún no había comenzado a moverse. Continuó su vagabundeo. Al doblar una esquina se encontró con un par de coches de policía y un gran corro de gente alrededor, se acercó a husmear. Un chaval estaba sentado sobre

la acera, su cara y su camiseta estaban cubiertos de sangre, hablaba con uno de los policías. Por lo visto un grupo de tres chicos se le había acercado por detrás y le habían reventado la boca con un puño americano, cuestiones políticas, el chaval había perdido varios dientes, sus amigos clamaban venganza, criaturillas...

Finalmente llegó a otro de sus garitos habituales. Pidió vodka con naranja y se apostó en la barra. Pensaba en cómo serían los conceptos sobre política de los chavales de 17 años, seguramente tonterías y excusas baratas para poder sentirse parte de algo y aliviar su soledad y frustración, de ahí los bates y las navajas.

Mientras meditaba sobre ello un viejo conocido se acercó a él. Se dieron un fuerte abrazo y chocaron sus copas. Se pusieron mutuamente al día. Por lo general nadie contaba cosas agradables, todo el mundo parecía estar totalmente perdido. Los estudiantes no sabían qué iba a ser de su vida en unos años. Los trabajadores pensaban que si su vida iba a ser siempre como era en ese momento su existencia era una mierda. Los parados no tenían claro si era mejor suicidarse arrojándose al vacío o ahorcándose. Todo el mundo estaba harto, confundido y descontento. La sociedad no lo ponía fácil: crisis económica, corrupción política, dramas sociales, esclavitud laboral, estupidez epidémica, violencia, soledad, inestabilidad, desengaño...

Este amigo en concreto le contó su historia: había perdido el trabajo, luego la novia se había largado, posteriormente había tenido que dejar el piso y volver con sus padres (con 34 años), y ahora cruzaba los dedos para poder ingresar en una fábrica en la cual tendría que pasarse ocho horas al día en una cadena de montaje colocando tornillos en unas piezas metálicas que una máquina escupía sin parar, tan sin parar que de hecho para poder mear tenía que levantar la mano y esperar a que alguien estuviese disponible para suplirle durante el transcurso de su meada, algo verdaderamente angustioso si estabas con diarrea.

Alex por su parte le soltó su rollo: había perdido el trabajo hacía un tiempo y acababa de perder la chica, el piso por suerte lo conservaba, aunque era un viejo cuchitril, pero había sido el piso de

su abuelo y no había que pagar alquiler lo cual ya era librarse de una losa importante, no parecía haber ningún trabajo en el horizonte, pero se las apañaba para resistir y seguir pagando las facturas.

Brindaron por sus desgracias con varias rondas de chupitos y un par de visitas furtivas al baño para esnifar.

Alex mostró interés en el tema de la fábrica. Su colega le dijo que solo se podía entrar con enchufe, pero que si él lo lograba luego le echaría una mano para que lo admitiesen.

Alex le contó su experiencia en la fábrica. Había sido hacía ya unos años y solo duró en el puesto un par de meses, no obstante le marcaron de por vida. Era una fábrica que se dedicaba a la producción de tuberías de polietileno. Cuando llegó allí le pusieron un pantalón y un polo de color azul y lo soltaron dentro. La fábrica era un sitio tremendamente ruidoso, había enormes máquinas por todas partes que rugían como bestias salidas del mismísimo infierno. Debido al ruido la gente, para hacerse escuchar, hablaba siempre a gritos. Le pusieron al mando de cuatro de esas máquinas infernales. Un tío le explicó, a gritos, lo que tenía que hacer: cada máquina escupía unos tubos de polietileno. En dos de ellas el tubo se cortaba automáticamente a los diez metros y caía en una bandeja. Cuando diez de esas tiras estuviesen en la bandeja, algo que sucedía aproximadamente cada 10 minutos, él debía recogerlas y meterlas en otro tubo más ancho, de plástico, que servía de envase. A cada envase había que ponerle una etiqueta que se sacaba en una impresora. Por otra parte en las otras dos máquinas la tubería se iba enrollando en una especie de rueda. Cuando en la rueda hubiese diez metros de tubería debía cortarse manualmente, atar el rollo correspondiente con unos flejes, sacar el rollo de la rueda y meterlo en una caja de cartón, a la que había que poner también su correspondiente etiqueta. No parecía muy difícil, ¿verdad? Lo dejaron solo ante las máquinas. Al principio todo iba bien. Luego la cosa se iba acumulando. A veces los flejes de los rollos no cerraban bien y tardaba en conseguir sacar el rollo de la rueda y meterlo en la caja. Mientras tanto la máquina seguía escupiendo y cuando

al fin sacaba el rollo tenía un montón de tubería creciendo por el suelo por lo que debía enrollarlo en la rueda manualmente, algo que requería bastante fuerza, mientras tanto las tiras iban acumulándose. Al cabo de unas horas la locura era total. Acababa con la ropa azul llena de etiquetas pegadas y que planeaba pegar en sus correspondientes envases cuando consiguiese sacar los dos rollos que tenía pasados de metros y despejar las bandejas de las tiras, que veía rebotándose, mientras peleaba sudoroso contra los flejes y pedía a gritos que le trajeran más cajas de cartón. La impresora de las etiquetas estaba situada unos 50 metros en el interior de la fábrica y tenía que ir hasta allí corriendo, esquivando manchas de aceite y todo tipo de objetos cortantes. Una vez resbaló en un charco de aceite y cayó hacia adelante, pudo notar la brisa de una enorme y afilada barra de hierro pasando junto a su rostro, unos centímetros más cerca y probablemente habría perdido un ojo. De hecho en la fábrica había un tipo que había perdido un ojo de esa forma. A varios otros les faltaba algún dedo. Y todos tenían quemaduras producto del aceite hirviendo que atravesaba las máquinas. Mientras tanto las tiras se acumulaban y los rollos se pasaban de metros. Por suerte, de vez en cuando, una máquina se averiaba. Entonces era como si Dios bajase y pusiese la mano sobre su hombro porque ese tiempo, esa máquina menos, te dejaba margen para solucionar todo lo que tenías atrasado y, si eras suficientemente afortunado, incluso podías mear o echar un cigarro. Todo un lujo. Al final de cada jornada acababa completamente exhausto y angustiado porque sabía que unas horas más tarde debería volver a ese infierno.

Lo único bueno de la fábrica era la gente. Había bastante camaradería. Supuso que debía ser como en la guerra. Los lazos se estrechaban en situaciones límite, y aquello era la guerra del hombre contra la máquina. Pero a pesar de la gente el trabajo era absolutamente infernal y lo acabó dejando, por pura desesperación, pasados dos meses. Poca gente aguantaba ese trabajo, también eran unos tiempos más boyantes, antes de la crisis económica, cuando podías permitirte dejar un trabajo

de mierda y buscar otro trabajo de mierda. Ahora seguramente habría miles de tíos pegándose por ese puesto. Él mismo lo haría, había que sacar el dinero de algún lado. El maldito dinero, por el cual vendían sus almas. Toda la vida se había visto obligado a hacer cosas horribles para conseguir dinero y, vistos los últimos acontecimientos, quizás trabajar en una fábrica no era la peor forma de conseguirlo. Todo estaba perdido, habían conseguido esclavizarlos, ¿o se habían esclavizado solos?

Alex habló con su colega sobre estos y otros asuntos hasta que se encendieron las luces del garito, señal de que había que irse largando a otra parte. Alex sugirió un par de sitios en los que continuar la fiesta, pero el colega no estaba por la labor, no tenía dinero, estaba ya bastante borracho y ahora, viviendo de nuevo en casa de sus padres, no quería pasar por la vergüenza de llegar a las tantas borracho como un vulgar adolescente ante la mirada de sus pobres progenitores, prefería huir cuando aún podía hacerlo al amparo de la noche. Se abrazaron y despidieron deseándose suerte y lanzando la típica promesa: «a ver si nos vemos más a menudo».

Alex observó cómo desaparecía por el horizonte.

Soledad.

Embriaguez.

Por suerte Alex no tenía que rendir cuentas al llegar a casa más que consigo mismo. Pero sabía lo que estaría esperándole allí: los demonios, los fantasmas, los recuerdos... No sonaba en absoluto tentador. Aún conservaba droga, algo de dinero y el equilibrio, así que se puso en marcha. El suelo ahora sí que se movía ligeramente. Manadas de gente se revolvían confusas a su alrededor. Todos los garitos normales cerraban más o menos a la misma hora, y la gente se debatía entre largarse a su casa a dormir la mona o precipitarse a alguno de los varios After Hours que había en la ciudad, sitios terroríficos donde la gente se amontonaba a gastar los últimos cartuchos al son de la peor música que la mente pueda concebir y donde drogas, locura y miradas psicópatas volaban por el aire como nubes de polución.

Alex se dirigió hacia su coche, ya había decidido el rumbo a seguir. A medida que recorría las calles veía los cadáveres amontonados por el suelo. Las viejas parejas discutiendo, llorando y gritando. Las nuevas parejas metiéndose mano, babeantes y temblorosos. Odiaba a todos ellos y, por supuesto, se odiaba a sí mismo. Necesitaba otra copa ya. Apuró el vaso.

Cuando por fin llegó al Ford Scort se dejó caer en su interior y suspiró profundamente. Observó por los retrovisores y abrió la guantera. Agarró la carpeta con la documentación del coche y procedió a dibujar una buena raya de coca en su superficie. La introdujo en su cerebro y arrancó el coche. Puso rumbo a las afueras, a la zona del polígono industrial. Allí había un After semiclandestino cuyo ambiente no era tan agobiante como los del centro de la ciudad.

Se deslizaba por la húmeda carretera a toda velocidad en un evidente estado de ebriedad, si la policía lo pillase conduciendo en semejante estado estaba perdido sin remedio. Por suerte el estado de ebriedad era por naturaleza un estado en el que nada importaba, de ahí las locuras, y los accidentes mortales. Esta vez le acompañaba la suerte, no se cruzó con ningún control ni tuvo ningún percance, y al cabo de unos minutos estaba aparcando en la puerta del local.

Golpeó con el puño un par de veces hasta que se abrió una mirilla. Unos ojos psicópatas lo observaron durante un segundo. La mirilla se cerró con violencia y empezó a oír los ruidos del engranaje de la puerta al abrirse.

—Alex colega, ¿qué tal lo llevas? —dijo un enorme tipo negro que hacía las veces de portero.

—Aquí a ver si me tomo la penúltima. ¿Qué tal la noche?

—Bien, hoy está la cosa tranquila.

—Me alegro.

Alex se internó en el local. Unas cuantas parejas bailaban en la pista. Había charlas y risas en las mesas del fondo. Fue hasta una esquina de la barra. Al fondo del todo uno de los dueños del garito leía el periódico. Se saludaron con un gesto de cabeza. Le gustaba ese garito, era un sitio selecto. La mayoría de la gente

no iba allí porque se rumoreaba que estaba lleno de mafiosos y gentuza, no obstante él se sentía seguro ahí, nunca había tenido ningún percance y había conocido a gente interesante. Lo de los mafiosos era cierto, pero había muchas más peleas y navajazos en los antros donde se amontonaba la chavalada.

Llamó al camarero que acudió veloz.

—¿Qué tal tronco? Ponme una cerveza y un chupito de vodka, un chupito de bourbon para el jefe, otro para ti y ponle uno de lo que quiera al tipo ese de ahí.

Señaló con la cabeza a un hombre rubio que estaba al otro extremo de la barra y parecía algo abatido. El camarero regresó con el pedido y todos levantaron el chupito en su dirección en señal de agradecimiento.

Continuó apoyado en la barra sorbiendo su cerveza en silencio, absorto en sus cavilaciones. Al poco rato el tipo rubio abatido se acercó hasta él.

—Gracias por la invitación —dijo con ligero acento de país del Este.

—No hay de qué hombre, te veía un poco hecho polvo. Qué, ¿un mal día?

—Ya te digo. He estado de broncas con mi ex mujer. ¿Tú estás casado?

—No.

—Perfecto, iba a aconsejarte que no lo hicieses.

—Tranquilo, no parece algo muy probable a corto plazo.

—Intenta evitarlo. Se está muy bien solo. ¿Quieres un chupito?

—Claro.

—¿De qué?

—Da igual, lo que tomes tú.

—Niño, pon dos chupitos de whisky por aquí.

Bebieron. El tipo comenzó a contarle su historia. Una historia con bastante miga. Era Rumano y en su país se había dedicado al tráfico de armas y mujeres. Le contaba todo esto mientras pedían rondas de chupitos. Al cabo de unas cuantas Alex pensó que sería necesario un empujoncito más.

—Oye tronco, ¿te apetece un tiro?

—¿Tienes?

—Algo me queda.

—Pues te lo agradecería.

—Sin problema, vamos a enchufarnos.

Alex sacó la bolsita y dibujó dos buenas líneas ahí mismo, sobre la barra, era otra de las ventajas del local. Esnifaron.

—Es buena.

—No está mal.

—Pues como te iba diciendo: al final atrapamos al mariconazo ese, ya no era tan valiente. Lo cogimos y lo tiramos a la vía del tren.

—Joder, no os andabais con tonterías ¿eh?

—Claro que no, era una cuestión de honor. Pero el tipo tuvo suerte, se apartó en el último momento. Perdió un brazo en la vía pero pudo escapar corriendo.

—¿Perdió un brazo en la vía?

—Así es.

—Vaya tela...

—Lo malo es que después de eso me cogió la policía. Me pusieron unos años a la sombra. Y te puedo asegurar que las cárceles de allí no son como las que tenéis aquí. Eso sí que era una jungla, podría contarte cosas horribles de lo que pasaba allí dentro.

—Te creo, te creo...

—Por suerte ahora todo eso ha quedado atrás, fue hace muchos años. Ahora lo que de verdad me importa son mis hijos. Mira.

Sacó su móvil y empezó a enseñarle unas fotos.

—Este es el mayor. Está ahí en Rumanía con mi primera mujer. Un buen chico, es estudioso. Todos los años lo veo un par de veces, nos llevamos bien, se está haciendo un hombre ya. Y mira, mira, esta es mi pequeña.

—¿Cuántos años tiene?

—Ha cumplido 13 hace poco. Es un sol, es lo que más quiero en el mundo. Pero su madre es una auténtica bruja. Ella vive aquí



y no me deja verla nunca, aprovechó mis problemas con la coca para plantarme una orden de alejamiento. A la niña la tengo que ver a escondidas. Pero es un cielo, queda conmigo y no le dice nada a su madre. Me quiere mucho, ella sabe cómo soy en realidad.

—Parece muy maja.

—Es una princesa... Niño, pon más chupitos por aquí. Son lo que más quiero en el mundo, pero me gustaría verlos más. Con mi primera mujer me llevo bien, pero está el tema de la distancia. Y la de aquí que es la que está cerca me odia a muerte. Y está lo de las manutenciones.

—Ya, vaya movida.

—A la de Rumanía no la tengo que enviar demasiado, allí es todo más barato. Pero esta me está sangrando. Y encima quiere más. Ahora ando jodido, estoy de baja en el trabajo, me tienen que operar.

—¿Y eso?

—En el curro, descargando unos camiones, me jodí la espalda.

—Vaya, qué putada.

—Muy gorda, por suerte tengo el apoyo de mi nueva mujer. Una chavalilla, ella es de aquí también. Es un poco joven y alocada, pero muy buena chica.

—Oye, ¿no eras tú el que decía que se estaba muy bien solo?

—Por eso te lo digo, para que no cometas mis errores, sé de lo que hablo.

—Jajaja, qué cabrón.

—Mujeres, son insoportables, pero cualquiera prescinde de ellas...

—Eso es cierto. Voy a ponerme otro par de filas.

—Perfecto. ¡Niño, te he dicho que más chupitos por aquí!

Continuaron bebiendo. Alex acabó volcando lo que le quedaba y estuvieron de charla un buen rato, alimentados por la cocaína, hablando de todo un poco, contándose sus miserias. La noche y el pedo a veces brindaban esos momentos, abordar a desconocidos y constatar que todo es una gran lucha constante en la que cada cual hace lo que puede y casi siempre pierde. Pero había que seguir adelante, no quedaba más remedio, contra viento y marea.

Las horas pasaban y el licor pesaba ya como una losa. Aunque se comentó ir a algún puticlub Alex prefirió retirarse. Se despidió de los que quedaban allí y se encaminó a la salida.

En el exterior la realidad de un nuevo día lo golpeó con su cruel luminosidad. Se montó en el coche y ocultó sus vergüenzas bajo las gafas de sol. Consciente de su borrachera procuró conducir despacio y sin hacer ninguna maniobra extraña, llegó sin percances hasta su barrio y tuvo suerte de no aparcar demasiado lejos. Esquivó velozmente el enjambre de gente azarosa y se metió en el portal.

Al llegar a casa la derrota total. Fue a su habitación. Dejó sus pertenencias sobre la mesa y se quitó la ropa entre tropiezos. Se quedó ahí parado en calzoncillos y observó la cama. El lado en el que solía dormir Ella estaba vacío. Habría dado lo que fuese por que estuviera ahí durmiendo. Lo imaginó. Se acurrucaría a su lado y le daría un beso en el cuello. Ella haría un ruidito y luego le recriminaría aún medio en sueños «como hueles a alcohol». Alex soltó una risilla nerviosa. Luego se echó a llorar.

Estaba llorando en calzoncillos. Estaba bastante pedo. Fuera la gente llevaba horas en marcha. Bajó un poco las persianas como rechazo al mundo. Sopesó la idea de meterse una pequeñita antes de dormir. Fue al cajón e inspeccionó la bolsita. Cogió un poco con la punta de las llaves y se lo metió directamente. Pesó el resto. No quedaba mucho ya. Hizo balance: se había metido cuatro gramos en dos días. Aunque había invitado mucho estaba claro que era un canteo. Estaba a las puertas de otra recaída fatal. Quizás debería dejarlo. No quería volver a estar jodido como la primera vez que se enganchó. Pero una cosa estaba clara. Estaba soltero. Estaba triste. Se sentía vacío. No sabía cómo lidiar con todo eso porque, al fin y al cabo, no era más que un cobarde.

Necesitaba más cocaína.